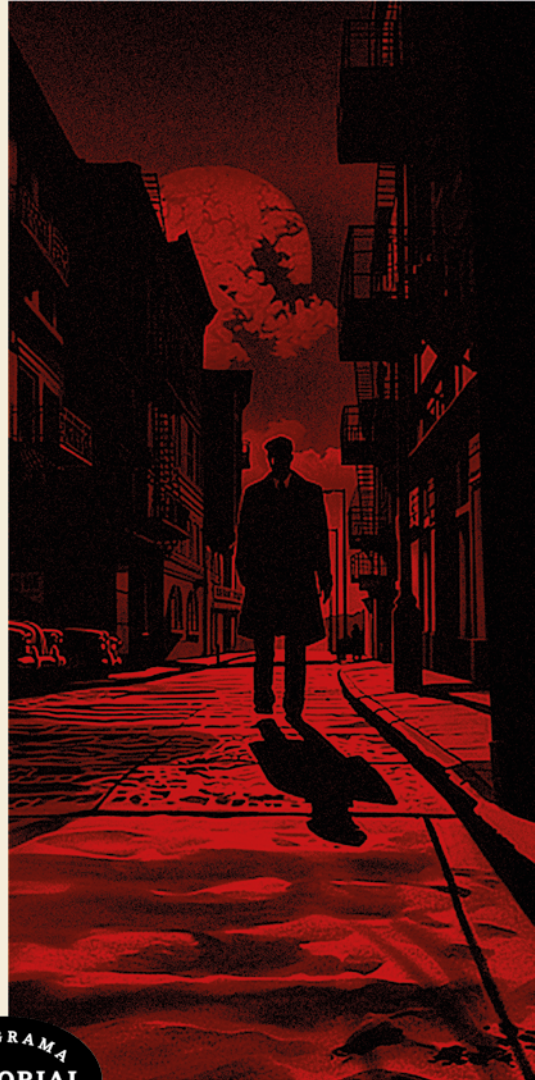


Chihuahua Confidential

Relatos criminales

Héctor Arreola



PROGRAMA
EDITORIAL
CHIHUAHUA

2023

Chihuahua
confidential
Relatos criminales

Héctor Arreola



Colección
Con trayecto



Marco Antonio Bonilla Mendoza
Presidente Municipal de Chihuahua


María Fernanda Bencomo Arvizo
Directora del Instituto de Cultura del Municipio

Vocales Editorialistas

Gustavo Macedo Pérez
Victoria María Montemayor Galicia
Luis Fernando Rangel
Alfonso Omar Granillo
Claudia Kareli Reyes Castruita

Heber Mauricio Rivera Anguiano
Fomento a la lectura

José Santillanes
Programa Editorial

 **@somoscreatura**
Diseño y maquetación

Avenida Juárez y calle Sexta,
#601, C.P. 31000, colonia centro.
ISBN 978-607-59944-8-2



Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta obra por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, sin permiso previo por escrito del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua.

PRIMERA EDICIÓN / AÑO 2023



En la visión que hemos impulsado desde el Gobierno Municipal para hacer de Chihuahua Capital una ciudad más competitiva, la cultura es parte indispensable, al ser pilar fundamental de la sociedad.

A través del Programa Editorial de Chihuahua fortalecemos a las y los artistas locales. Nuestro compromiso es apoyar las expresiones artísticas del talento chihuahuense.

Ustedes son la razón por la cual la literatura chihuahuense florece y se expande. Es gracias también a su trabajo que motivamos a la comunidad a disfrutar de la lectura.

Soy un convencido de que la cultura literaria debe conservarse como un elemento básico en el pensamiento comunitario. La lectura empodera, nos abre las puertas hacia la reflexión, el conocimiento y la transformación de realidades. Un libro tiene el poder de abrir la mente, de explorar mundos imaginarios, de conectar con emociones profundas y ampliar perspectivas.

Las creaciones literarias que integran la edición del PECH 2023 ahora serán parte del acervo cultural de nuestro municipio. Sus letras trascenderán más allá de una manifestación artística escrita, ahora son huella de su espíritu y simbolizan su tránsito cultural en esta comunidad chihuahuense.

Así pues, con mucha emoción, presentamos la nueva entrega de este programa editorial, que se ha consolidado como un semillero y una plataforma para los guardianes de las letras. Que estos libros sean la inspiración para aquellos que sueñan con contar sus propias historias y dejar una huella en el mundo literario.

¡Enhorabuena!

Marco Antonio Bonilla Mendoza
Presidente Municipal de Chihuahua

En este año 2023, el Programa Editorial Chihuahua continúa posicionándose como una plataforma indispensable para todas y todos los autores de nuestro municipio. Las letras, vehículo innegable del pensamiento humano, nos ayudan a fomentar no solo el pensamiento crítico, sino que nos ayudan a expresarnos, formar comunidad, y entendernos como seres humanos.

Este año se publicaron 10 títulos de autoras y autores, tanto con trayectoria, como nuevas plumas, quienes indudablemente llevarán la literatura chihuahuense a nuevos puertos. Su poesía, su narrativa, su teatro, sus expresiones artísticas, fungirán como un faro para todas aquellas personas interesadas en encontrar su lugar, ya sea como lectoras o lectores, o bien como artistas de la palabra.

El Programa Editorial Chihuahua sigue siendo casa de grandes artistas, y seguirá siéndolo. Las puertas del PECH se abren nuevamente para recibir las ideas, las expresiones, y la reflexión que transforman al municipio de Chihuahua en un oasis de arte y cultura.

Me es muy grato presentar a ti lectora, a ti lector, este libro, y esta colección PECH 2023. Una colección que continúa manando de mentes creativas imparables que siguen deleitándonos con sus letras. Este libro es una prueba fehaciente de ello.

¡Enhorabuena!

María Fernanda Bencomo Arvizo
Directora del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua

Agradecimientos:

A mi familia, por todo el apoyo incondicional recibido en este camino tan desquiciado y azaroso como lo es la escritura.

A mi socio en el crimen, José Salvador Ruiz, por las lecturas, los consejos y las palabras de aliento que hicieron posible la existencia de este libro.

A Alejandro Meléndez, por las charlas, los regaños, las farras y, por encima de todo, ser mi amigo.

Chihuahua
confidential
Relatos criminales

Héctor Arreola

Es una novela de crímenes muy jodidos, pero lo importante no son los crímenes, sino (como en toda novela policíaca mexicana) el contexto. Aquí pocas veces se va a preguntar quién los mató, porque el que mata no es el que quiere la muerte. Hay una distancia entre ejecutor y ordenador. Por lo tanto, lo importante suele ser el porqué.

Paco Ignacio Taibo II

En la venganza, como en el amor, la mujer es más bárbara que el hombre.

Friedrich Nietzsche

Otro día en el paraíso

I

Para eso me mandan llamar siempre, porque quieren muertos, pero también quieren tener las manos muy limpiécitas.

Rafael Bernal

La verdadera hora del Diablo no es la media noche, sino las seis de la mañana. Es cuando la mente humana elucubra sus pensamientos más oscuros. Es lo que ocurría con el Chemo, recostado sobre la incómoda cama de un motel de paso. Encima de una mesa ubicada en una esquina, había una pila de envases de unicelel con restos de comida y algunas botellas vacías de refresco y cerveza, mismas que eran sobrevoladas por un puñado de moscas. Hilachas de la luz matinal se colaban al interior de la habitación a través de las famélicas cortinas de la ventana, otorgando al cuarto una atmósfera lóbrega, opresiva.

El Chemo veía *The Howling*, una vieja película de hombres lobo en el televisor, pero sin prestar mucha atención. Aún tenía el cabello húmedo luego de una breve ducha; estaba parcialmente desnudo, portando tan sólo unos gastados calzoncillos. Un cigarrillo a medio consumir pendía de las comisuras de los labios. Esperaba.

Alguien llamó a la puerta. Aquel ruido repentino lo tensó. Tomó la pistola nueve milímetros que tenía sobre el buró y preguntó: “¿Quién vive?”. “Soy yo, pinche Chemo”, dijo una voz de marcado acento sonoreense. Era el Borrego. Quitó los seguros y lo dejó entrar. A través de la puerta cruzó un sujeto de más de uno noventa de estatura y cien kilos de peso. Piel tostada por el sol,

unos notables ojos verdes y un cabello rizado de color castaño.

—¿Qué pedo, cabrón? ¿Qué haces en este cuchitril? — preguntó el Borrego.

—Mi vieja me corrió de la casa.

—¿Y eso?

—Me cachó con la Dayana.

—¿La teibolera del Nueva Delhi? —dijo el Borrego—. No pos sí, esa pinche vieja está bien buena. Hasta yo le pondría el cuerno a mi morra.

—Ni es pa' tanto —dijo el Chemo con enfado—. La mitad de esa vieja es silicona y le gusta más el perico que coger.

—¿Y entonces por qué te metiste con ella?

—Por pendejo.

El Borrego no respondió. Miró a su compañero detenidamente. Era un tipo enjuto, de piel morena, gruesa y áspera, como la de un perro callejero acostumbrado a sobrevivir de cualquier manera. Tenía tatuada una imagen de la Virgen de Guadalupe en el brazo izquierdo y un veintidós en números romanos en el lado derecho de pecho. La marca de su barrio. Eran los únicos vestigios de su pasado como pandillero. Su rostro normalmente hierático portaba ahora una expresión abatida. Resultaba claro que sus problemas conyugales lo estaban afectando más de lo debido. No era el mejor estado de ánimo antes de un trabajo.

—Ándale, vístete y vamos por algo para almorzar. Al cabo que todavía falta un rato para *el jale* —le dijo el Borrego.

II

El licenciado Oswaldo Eguiguren secó su rostro recién afeitado con la toalla y contempló satisfecho el resultado en el espejo. En su opinión hubiera podido ser galán de telenovela. Tenía cuarenta y dos años de edad, pero parecía diez años más joven. Era el resultado de una dieta sana, gimnasio cinco veces por semana y coger a diario. Sonrió. Su único vicio eran los habanos que fumaba de cuando en cuando y sólo en la oficina. Se puso la camisa, después la corbata y finalmente el saco. El uniforme de todo buen abogado. Se dirigió a la cocina donde los niños ya se encontraban desayunando. Meche, la empleada doméstica, había preparado fruta, avena y huevos duros. Su esposa no desayunaba.

Una vez terminaron de comer, él y sus dos hijos subieron a su camioneta Cadillac XT5. Mientras conducía rumbo a la escuela de éstos, puso el Spotify y seleccionó un playlist de Phil Collins, cuya primera reproducción fue *Another Day In Paradise*. Tarareó la canción en voz baja y ocasionalmente echaba una ojeada a los niños en el asiento trasero. Ellos, en cambio, lo ignoraban poniendo toda su atención en la pantalla de sus celulares. Pinches escuincles, pensó Eguiguren, esas madres los van a dejar tontos. Pronto estuvo ante la puerta de la secundaria. Los niños bajaron del vehículo atropelladamente, mascullando un escueto “Adiós, pa” y se encaminaron corriendo al interior de la institución, todo ante la atenta mirada de una prefecta apostada en la entrada.

El licenciado Eguiguren arrancó. Ahora que se deshizo de sus

hijos podía centrar su mente en el asunto que le había dado bastantes dolores de cabeza en los últimos meses. Una disputa legal entre los habitantes de los Arenales, una comunidad rarámuri en la sierra de Chihuahua, y una minera canadiense... Miró el reloj en el tablero del vehículo. Iba con tiempo de sobra y se podía permitir una escala antes de ir a la oficina. Así que se dirigió a un Starbucks que le quedaba de camino. Necesitaba un cappuccino.

III

El Borrego sopló a su vaso con café soluble antes de darle un sorbo. Se encontraban en una menudería ubicada en la calle Ocampo, un escueto restaurante típico de la ciudad de Chihuahua. Él ya se había echado un plato de menudo y un par de cervezas, lo que le ayudó a despejar la mente. El Chemo, en cambio, tenía su plato a medias y no había tocado la Coca-Cola que lo acompañaba. Su mirada era ausente, como de zombi. Pinche Chemo, quién hubiera imaginado que era tan sentimental, pensó el Borrego. Lo había conocido una década atrás, cuando no era más que un malandro de barrio dedicado a asaltar gente en calles oscuras, empuñando una gastada navaja. Era entrón y violento; idóneo para el trabajo de sicario. Además, muy jodido; por lo cual podía trabajar por unos cuantos pesos, que para alguien de su estrato social sería un dineral. Y, lo más importante, era un “activo” totalmente prescindible. El Borrego se encargó de entrenarlo y convertirlo en un asesino bastante eficiente. El Chemo no titubeaba ante nada y no cuestionaba jamás un objetivo; hombres, mujeres o niños, no importaba. Él jalaba el gatillo igual.

Por ello le desconcertaba tanto el estado de depresión en el que se encontraba sumergido. Daba lástima sólo de verlo.

—¿Qué de plano sí te puede mucho que te corriera tu vieja?

—Es que la conozco desde que los dos éramos morros —dijo el Chemo—. Y pues, aunque de vez en cuando me dan ganas de echarme una cana al aire como a cualquier bato, le tengo ley a mi gorda, ¿entiendes?

—Simón.

Pero el Borrego no entendía. Se había casado cuatro veces y divorciado tres, y no estaba lejos de empatar el marcador. Una mujer no le importaba más que otra. En su opinión, las viejas sólo servían para coger, parir niños y dar lata. Así que abandonar a una no le representaba ninguna clase de esfuerzo. Por ello era todo un misterio para él cómo muchos hombres se clavaban tanto con una sola morra.

Si se tratara de otra persona, el Borrego ya le hubiera dicho a su compañero que no mamara, que no era momento para esas pendejadas y que se concentrara en el jale. Pero le había tomado aprecio al Chemo.

—No chingues, Chemo, si de plano te cala tanto pues ruégale. Dile que ya no lo vas a volver a hacer, que nomás la quieres a ella, ya sabes, esas pendejadas que dicen en las telenovelas —dijo el Borrego—. Luego del jale, ve y cómprale un pinche ramo de flores marca diablo y alguna alhaja. Algo bonito como un collar, un anillo, unos aretes, qué sé yo. Usted póngase guapo.

—Mi vieja siempre me ha reclamado que cuando andábamos de novios nunca le llevé serenata —recordó el Chemo—. Pero con qué ojos, si en ese tiempo no me alcanzaba ni para tragar.

—Pues ahora es cuando, mi Chemo, ahora ya se puede dar ese lujo y más —opinó el Borrego—. Y cuando se contente contigo, aprovecha que tenemos que desaparecernos una temporada de la ciudad y llévatela de vacaciones a la playa o a cualquier otro pinche lado.

El rostro del sicario se iluminó ante la perspectiva. Animado como estaba, devoró el resto de su comida y media hora

después viajaban en una camioneta pick-up sin placas rumbo a donde debían hacer el trabajo que les habían encargado. En un semáforo, el Borrego consultó la hora en su celular. El cabrón ya debe haber dejado a sus hijos en la escuela, pensó el sicario. Llegaron a la colonia San Felipe diez minutos después. Aparcaron a la sombra de un frondoso sicomoro. Al otro lado de la calle pudo ver una casa con un estilo arquitectónico de los años setenta, ahora convertida en las oficinas de un despacho de abogados. Esperaron.

IV

El licenciado Eguiguren detuvo su camioneta en el semáforo y aprovechó la pausa para tomar el vaso con café y darle un sorbo. Después contempló los números anotados en el recipiente y sobre estos un nombre: **Kennya**. Sonrió. En cuanto se acercó a la barra del Starbucks percibió la mirada de interés de la joven que la atendía. Era una muchacha de veintipocos años, de cabello corto, artificialmente rubio, pero que le sentaba bien a su rostro alargado, sus ojos amielados y su piel blanca. La había visto un par de ocasiones antes, cuando, como esa misma mañana, llegaba a comprar café. Se notaba que era nueva porque aún no se desenvolvía con la habilidad de los otros empleados. Desde el primer momento supo que le gustó a la chica, pero como siempre iba con prisa no se había detenido a sacarle plática, pensando que ya habría tiempo para eso. Pero **Kennya** no tenía ganas de esperar. Eso le gustó. Significaba que no iba a tener que pasar por todo el fastidioso proceso del flirteo.

El semáforo cambió a verde. Continuó con su marcha y se olvidó de sus devaneos amorosos. Cuarenta minutos después estacionó su camioneta, se apeó y caminó hacia el interior de su despacho llevando el vaso de café en la mano. Pensó de nuevo en **Kennya**. Telefonaría a su esposa a mediodía para avisarle que tenía una junta importante y que llegaría tarde a casa. Después le pediría a su secretaria que cancelara algunas citas para poder desembarazarse temprano de la oficina y llamar a la joven barista. Ya tendría tiempo para atender cosas de trabajo. Tenía todo el tiempo del mundo.

V

El Chemo sopesó en su mano la Browning de nueve milímetros que el Borrego le acaba de entregar. Se sentía rara en su mano. No le gustaba la textura de la catcha y además le pareció ligeramente más pesada que la Smith & Wesson que habitualmente usaba. Por tal motivo no entendía para qué le habían dado esa otra pistola.

—El cabrón que te vas a quebrar es un güey importante y seguro van a hacer mucho pedo en la prensa cuando se sepa que lo mataron, por eso los patrones ya tienen listo un infeliz al que le van a colgar el muertito y necesitan una prueba material, así que hay que devolverles la fusca —le dijo el Borrego.

—¿Pues es diputado o qué? —dijo el Chemo en tono socarrón.

—Licenciado —respondió el Borrego—. El güey defien-
de a unos pinches indios en la sierra contra una empresa minera con la que tienen pleito por unos terrenos o una mamada así. No importa, el caso es que cuando te lo echas mucha gente la va a hacer de pedo. Ya te la sabes, marchas, plantones y esas cosas... Pero el Chemo dejó de prestar atención a la explicación. Realmente no le importaba quién era ni por qué sus patrones lo querían eliminar. Para él sólo se trataba de apretar el gatillo y cobrar. Le dio una segunda checkada al arma y una vez más comprobó que se encontraba en perfecto estado. No era su S&W, pero serviría para el trabajo. Cortó cartucho y la metió en el bolsillo de la cazadora de mezclilla que llevaba puesta.

Al cabo de unos minutos vio cómo una camioneta aparcó al otro lado de la calle, justo frente al despacho de abogados. Con calma, el Chemo bajó del vehículo y se dirigió hacia su objetivo. Éste caminaba totalmente desprevenido hacia la entrada del edificio, dándole sorbos al vaso de café que llevaba en la mano, sin percatarse de la presencia del sicario. El Chemo se acercó con paso tranquilo, como quien sale por la tarde a dar un paseo; las manos en los bolsillos de la cazadora, el pulso firme, de cirujano, sujetando el arma; vista de tigre fija en la presa, listo para saltar. Al fin, el abogado sintió la presencia del depredador que lo acechaba. Cuando se volvió sólo pudo ver por un milisegundo el cañón de la pistola que le apuntaba a medio metro de su rostro. Se escuchó un solo disparo. No hizo falta más.

El Chemo se alejó caminando, sin prisa. Consciente de que nadie saldría a enfrentarlo o intentaría detener su escape. Se subió a la camioneta y ésta se retiró a velocidad normal. Sin gestos dramáticos, sin patinar de llantas, sin hacer rugir el motor ocho cilindros. Sólo otro día en *el jale*.

VI

Está hecho. Fue el escueto mensaje que recibió en su celular. Sonrió mientras contemplaba el paisaje desde su despacho en lo alto de un edificio de la colonia Polanco, en la Ciudad de México. Abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó una caja de madera. Deslizó la tapa y de su interior extrajo un cigarro Montecristo. Cortó la punta y lo encendió. Dio una calada al habano y tras expulsar una bocanada de humo, contempló el encendedor. Era la reproducción de una Walther PPK, el arma de James Bond. Se lo había regalado su suegro. No como un gesto de aprecio, sino como una sutil forma de mofarse de él. Un recordatorio de que sin importar cuánto dinero acumulase no dejaba de ser un plebeyo y un delincuente. No como su suegro, quien tenía verdadera alcurnia. Sin embargo, él se sentía orgulloso de sus logros y en vez de enfadarse le agradó el obsequio, pues era el símbolo de su triunfo en la vida. A pesar de su orgullo, su suegro aceptó a regañadientes la boda con su hija porque se encontraba en la ruina y sólo el dinero sucio de él podía salvarlo. Un nuevo rico, salido de la clase media, salvó de la quiebra al gran Diego del Valle.

—Y regalarme este encendedor es el único acto de protesta que ese viejo pendejo puede permitirse —dijo él con una sonrisa satisfecha.

Después pidió a su secretaria que le comunicara con el señor Bouchard. Tras esperar unos minutos escuchó al otro lado de la línea el inglés de acento afrancesado del canadiense.

—Philippe, ¿cómo estás? Sólo te hablaba para informarte que el inconveniente ya está resuelto. Te dije que mis socios

chihuahuenses son bastante eficientes. Para este momento ya deben estar *negociando* con los lugareños para obtener los terrenos que necesita tu compañía. No habrá ningún problema, son expertos en... “adquisiciones hostiles”. Desde luego, tendremos que esperar un tiempo prudente antes de proceder, el cual podemos aprovechar para poner todos los papeles en regla. Estuve hablando con mi amigo el secretario y dijo que me podía echar la mano con eso. ¿Qué opinas? No es nada, *mon ami*, sólo hice mi trabajo. Cuando vengas a la Ciudad de México podemos ir a jugar golf al club, todavía me debes la revancha, ¿eh? En eso quedamos, entonces. Cuídate, Philippe —dijo a modo de despedida el licenciado Eguiguren.

La ciudad del pecado

I

El mundo puso el pecado y nosotros la ocasión.

Marguerite Duras

Ciudad Juárez. Población fronteriza eternamente asociada con la vida entre los límites de la ley. Lugar casi mitológico en el imaginario popular, una suerte de Arcadia criminal. Tierra prometida para los güeros que semana a semana cruzan el puente internacional huyendo de la ley y el orden gabachos, buscando satisfacer su sed de alcohol, sexo, drogas y demás placeres que la tierra de la libertad no puede proporcionarles. Purgatorio de cientos de almas en pena, nombrados vagamente como migrantes, en espera de cruzar ese río Estigia que los juarenses conocen como Bravo, hacia el paraíso de McDonald's y Wal-Mart. Potencia maquilera que explota a miles de obreros desde hace más de tres décadas de prosperidad industrial. Meca del feminicidio en México...

—Y tierra de Juan Gabriel —pensó con una sonrisa Santos Mondragón antes de darle una mordida a su taco de carne asada y beber un sorbo de Coca-Cola.

Había pasado mucho tiempo desde su última visita a Ciudad Juárez. Seguía siendo una ciudad gris y fea, sin chiste. No obstante, continuaba teniendo un aire especial, una especie de encanto esperpéntico que lo seducía. Quizás fuese su cosmopolitismo tercermundista, pues en sus calles lo mismo te topabas

gabachos borrachos que algún europeo despistado llegado ahí por casualidad; a muchos chinos, porque los chinos siempre son muchos estén donde estén; toda clase de centroamericanos: salvadoreños, guatemaltecos, hondureños y nicaragüenses; algunos haitianos, así como gran cantidad de mexicanos del sur del país. Una multiculturalidad de jodidos que sólo estaban de paso, en busca de un presente mejor en el *Otro lado* (pensar en el futuro resultaba un lujo que no podían darse), pero que por una u otra razón (normalmente la Border Patrol), terminaban quedándose ahí. Santos siempre encontraba extrañas y fascinantes las ciudades fronterizas, pues, aunque fueran ciudades nortañas como Chihuahua capital, eran otra cosa, otro norte dentro del norte. Se regían por sus propias reglas, tenían sus propios demonios y Juárez no era la excepción. Tierra entre dos tierras. No era un lugar cualquiera.

Pero no estaba ahí por placer sino por negocios: debía encontrar a un universitario perdido. ¿Por qué? Porque la gente con dinero se puede dar el lujo de pagar para que otros hagan su trabajo sucio, y los desarrapados como él son los encargados de hacerlo para ganarse unos pesos extra. Por lo regular sobrevivía sacando borrachos en un bar de mala muerte en la ciudad de Chihuahua, pero en ocasiones aquello no alcanzaba para llegar a fin de mes y debía aceptar trabajos de esa clase para completar el gasto. Como ex policía tenía mucha experiencia en todo tipo de cosas turbias, aunque casi siempre lo buscaban para encontrar personas desaparecidas. Así terminó siendo contratado por doña Claudia Vizcarrondo, empresaria chihuahuense, dueña de media docena de salones de fiestas y cuatro florerías. Su retoño, un joven de veinte años que respondía al nombre de Axel, estu-

diaba literatura en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez y desde hacía una semana no tenía noticia alguna de su paradero (cosa extrañísima, pues como buen hijo de mami solía tener contacto regular). La sufrida madre, como toda ciudadana con dos dedos de frente, dudaba que las autoridades pertinentes encontraran a su hijo y optó por ocuparse ella misma de la búsqueda, contratando a Santos para dar con su paradero.

—¿Cuánto te debo, compa? —preguntó Santos al dependiente del puesto de tacos, una vez terminada su comida.

—No, cómo cree que le voy a cobrar a una celebridad como usted.

Santos forzó la sonrisa. Una vez más lo habían confundido con el actor Joaquín Cosío. No sacó de su error al hombre, pues implicaba una comida gratis y hasta accedió a tomarse una *selfie* con él. Subió a su viejo Nissan Sentra y se marchó de ahí rápidamente antes de que descubrieran que no era el famoso intérprete. Condujo hacia el norte de la ciudad, hacia la colonia Córdova Américas. Anduvo dando vueltas hasta dar con la dirección que le había dado la señora Vizcarrondo. La casa que la mujer rentaba para su hijo era una construcción pequeña, con techo de dos aguas y una descolorida pintura que alguna vez fue naranja, resguardada por una enclenque baranda de color blanco. No era una mansión, pero al menos quedaba cerca del campus universitario. Afuera se hallaba aparcado el Jetta Negro de Axel. Santos bajó de su vehículo, cruzó la verja y llamó a la puerta con fuerza. De inmediato ésta se abrió y ante él apareció la figura de un joven veinteañero, ataviado con una playera del América, jeans y tenis converse,

que lo miró con expresión interrogadora.

—¿Eres Omar Cardozo? —dijo Santos.

Éste asintió. Claudia Vizcarrondo le había informado que su hijo tenía un *roomie*, llamado Omar Cardozo. Confirmada la identidad del joven, Santos le explicó el motivo de su visita y le informó que debía hacerle algunas preguntas. Omar lo invitó pasar. En el interior de la vivienda se encontraba una joven, a la cual Santos le calculó no más de dieciocho años, de cabello corto, ojos verdes y una tez de blanquísimo tono, acentuado aún más por unas pronunciadas ojeras y, en general, un aspecto demacrado. Pese a ello, Santos la encontró bonita. Al verlo, la muchacha pareció ponerse en alerta. “¿Es tu novia?”, preguntó el detective a Omar, “¿o es novia de Axel?”, agregó Santos en forma significativa. Pero la muchacha, sin poder esconder su nerviosismo por la pregunta, se apresuró a aclarar que sólo era una amiga. “Una amiga que ya se iba”, agregó el muchacho. La joven protestó, alegando que aún no le había ayudado con la tarea. “No estés chingado, Mireya, mejor ven otro día cuando no ande ocupado”, respondió el muchacho en forma brusca. La joven se fue hecha una furia, azotando la puerta al salir. Santos contempló la escena en silencio.

—Pinches viejas —dijo irritado Omar.

—No se puede vivir con ellas ni sin ellas —agregó el detective con socarronería.

Fue entonces que Omar pareció recordar la presencia de Santos. Éste le hizo las preguntas de rigor: ¿Había notado una conducta distinta en Axel en los días previos a su desaparición? ¿Había alguien nuevo en su vida? ¿Tenía algún problema que no le hubiese contado a su madre? ¿Algún enemigo? Pero sólo

recibió respuestas negativas. Santos también lo cuestionó sobre el motivo por el cual no reportó él mismo la desaparición de su compañero. “No pensé que estuviera perdido”, explicó. “Aquí cada quién va y viene cuando se le da la gana. Tener libertad es el chiste de vivir solo”. En opinión de Omar el güey no estaba perdido, nomás se cruzó al Otro lado detrás de una vieja y no dijo nada para que su madre no fuera a traérselo de las orejas. “La señora lo trae cortito”, indicó. Sin más preguntas, a Santos sólo le quedaba revisar el cuarto de Axel en busca de algún indicio sobre su paradero. Fue conducido por su anfitrión a lo que esperaba fuera un típico cuarto de estudiante foráneo, es decir, un cuchitril sucio y desordenado, justo como el resto de la casa. Para su sorpresa, la habitación estaba impecable. Tan perfectamente ordenada y limpia, que hasta pudo percibir un ligero olor a pino en el aire. Rápidamente revisó el armario que había en una de las paredes, pero no encontró más que ropa. Al lado de su cama se encontraba un pequeño buró. Abrió el cajón y encontró toda clase de cosas: una pequeña navaja, monedas, un par de plumas, cinta adhesiva, papel para forjar cigarrillos, un encendedor y hasta el fondo, una bolsita con una yerba verde. “Mira nada más, su medicina para el estrés”, murmuró Santos divertido, antes de cerrar el cajón. Ahí no había nada útil. Salió de la habitación, agradeció a Omar por su ayuda y abandonó la vivienda.

Se subió al Sentra, pero en vez de arrancar e irse de ahí, se quedó reflexionando sobre el asunto. Algo no le cuadraba. No parecía que Axel se hubiera marchado por su voluntad. No parecía faltar ropa y hasta su carro seguía ahí. Desde luego

era posible que fuese como dijo Omar y hubiera huido al gachacho con una mujer sin pensar en dichos detalles. Él mismo había hecho cosas parecidas, pero aun así no se sintió convencido. Había algo en la habitación de Axel que de inmediato lo inquietó y le dio la certeza de que le había pasado algo. Aunque no estaba seguro de qué era. Además, la actitud despreocupada de Omar tampoco le gustaba. Puso en marcha al motor y arrancó, pero en vez de irse dio vuelta a la cuadra y aparcó en contra-esquina de la casa de Axel. Desde ahí tenía una perfecta visión del lugar y contaba con la ventaja de estar a la sombra de un frondoso árbol. Era media tarde y el calor había bajado de intensidad, pero aun así no era recomendable estar expuesto directamente al inclemente sol juarensé. Encendió un cigarrillo y se preparó para una larga espera.

Encendió el radio. Recorrió el espectro de la frecuencia modulada hasta dar con una estación dónde un pastor evangélico daba un sermón sobre cómo el pecado se había apoderado de aquella frontera. En un español con acento portugués acusaba a Ciudad Juárez de ser guarida de delincuentes, prostitutas, homosexuales y otros pecadores y aseguraba que la única manera de sanear aquella Sodoma norteña era, como no podía ser de otra forma, con la palabra de Jesús. ¿Pero en verdad Juárez era una ciudad del pecado, un sitio maldito que atraía a toda clase de demonios y almas perdidas para perpetuar el vicio y la perdición por medio de alcohol, sexo, drogas y otros placeres igualmente pecaminosos? ¿O simplemente tuvo la mala suerte de estar en el punto incorrecto del mapa? Como a Santos no le gustaba hacerse esa clase de cuestionamientos de índole filosófica, cambió de estación. Sintonizó un noticiero en el que hablaban de cómo

la policía federal continuaba la caza de la *Tuza*, un peligroso capo huachicolero que se escondía en algún lugar del estado. Finalmente sintonizó una estación donde Los Cadetes de Linares interpretaban “Las tres tumbas”.

—En honor a mi compa, el Teniente Morgan —murmuró Santos recordando a un viejo amigo.

No hubo movimiento hasta cerca de las diez de la noche. Omar salió de la casa y se subió al Jetta de Axel. Santos le dio una cuadra de ventaja antes de seguirlo. El joven pronto lo llevó a la avenida Abraham Lincoln. Ésta era famosa por ser el centro de la vida nocturna de Ciudad Juárez, ya que estaba plagado de bares, restaurantes, hoteles y otros centros de recreación. El colorido de las luces de neón de los diferentes negocios, esparcido a lo largo de aquella vía, dotaba a la ciudad de una vida que Santos creía perdida tras el estallido de violencia ocasionado por la guerra contra el narcotráfico, iniciada hacía más de una década. Se respiraba un aire festivo en el ambiente. ¿Era una ilusión que buscaba ocultar la violencia siempre presente en aquella ciudad de extremos? Santos no estaba seguro, pero le gustaba lo que veía.

Tuvo que dejar aquellos pensamientos de lado cuando vio cómo Omar buscaba aparcar el Jetta en una calle que corría perpendicular a la avenida Lincoln. Santos hizo lo propio y buscó estacionamiento una cuadra más adelante. Milagrosamente encontró un lugar en medio de la concurrida zona. Se apeó y buscó a Omar con la vista. Alcanzó a verlo entrar a un local llamado *Kiss, Kiss*, que tenía toda la pinta de ser un *Table dance* a juzgar por su letrero de neón que reproducía una figura femenina.

Santos entró al lugar y le tomó varios minutos dar con Omar a causa de la escasa iluminación. Se encontraba cerca del tubo donde una mujer de negra cabellera y pechos generosos realizaba un sensual baile que tenía a todos los parroquianos cautivados. El detective se acomodó en la barra y pidió una cerveza. Continuó vigilando al muchacho unos minutos hasta que se le ocurrió una idea. Llamó a la *bartender*, una joven de cabello castaño recogido en forma de cola de caballo, ojos negros y sonrisa afable; le mostró una foto de Axel que tenía guardada en su celular. Era una posibilidad remota, pero no tenía nada que perder. Para su buena suerte, la muchacha lo recordaba.

—Sí, lo he visto por aquí —confirmó—. Es uno de los *amigos* de la Daisy.

—¿Quién es Daisy?

Como respuesta, indicó a la mujer que se hallaba colgando acrobáticamente del tubo. No podía ser una coincidencia. ¿Se trataba de un triángulo amoroso que terminó mal? Agradeció a la *bartender* con una propina de cien pesos, dio un trago a su cerveza y continuó observando alternativamente a Omar y Daisy. Tras terminar su espectáculo, la mujer se retiró del escenario, sólo para regresar unos minutos después a la mesa donde estaba Omar, a quien le hizo una indicación para que la siguiera. El muchacho obedeció y ambos se dirigieron a la parte trasera del lugar. Parece que ahora le toca su fiesta privada al morrito, pensó Santos. Pero regresaron a los pocos minutos. Pa' eso me gustabas, cabrón, no le aguantaste ni cinco minutos, se mofó. La sorpresa fue mayor cuando entró al lugar un individuo vestido con camisa, botas y pantalones vaqueros, el cual se dirigió directamente hacia donde estaban Daisy y Omar. Tomó a la mujer de

la cintura y le plantó un beso justo en las narices del muchacho. ¡Ah chingado!, el triángulo me salió cuadrado, pensó Santos. Volvió a llamar a la muchacha detrás de la barra.

—Y el *chero* aquél, ¿sabes quién es?

—Otro de los amiguitos de la Daisy —informó la *bartender*—. Le apodan el *Chaka*, y si fuera tú ni me le acercaba. Dicen las malas lenguas que es sicario.

Santos se puso serio de repente, por lo cual la joven asumió que era por la noticia que acababa de darle. En realidad fue porque Santos comprendió qué había sucedido con Axel. En ese momento Omar salió del antro y Santos fue tras él. Lo siguió de regreso a su casa. Luego de estacionar el Jetta, Omar se dispuso a entrar. Cuando introdujo la llave en la cerradura sintió el duro y frío cañón de una pistola clavarse en sus riñones. Santos le indicó que entrara a la vivienda despacio y sin hacer movimientos bruscos. Una vez dentro, sin dejar de apuntarle con su cuarenta y cinco, lo cacheó hasta dar con lo que esperaba. Una bolsa que debía contener medio kilogramo de pastillas de color azul.

—Mira nada más —dijo Santos sosteniendo la bolsa de éxtasis.

—No sabes con quién te estás metiendo —lo amenazó Omar, en un burdo intento por sonar intimidante.

—A ver, mocoso, nomás eres un pinche *dealer*, así que deja de sentirte *Scarface* —se burló el detective—. ¿Por eso te quebraste a Axel? ¿Descubrió que traficabas drogas y amenazó con denunciarte?

—No sé de qué me hablas, yo no sé nada de Axel.

Como respuesta Santos lo derribó de un cachazo en el

rostro, abriéndole una ceja y provocándole una fuerte hemorragia.

—No te quieras pasar de vivo conmigo, cabrón —le advirtió el detective con frialdad—. Toda la casa es un cochinerito excepto el cuarto de Axel, que hasta rechina de limpio. Si tuviera que adivinar diría que lo mataste ahí y no te quedó de otra que limpiarlo de cabo a rabo para borrar la evidencia, ¿o me equivoco?

El muchacho le miró con asombro primero, haciéndolo olvidar el dolor del golpe para después pasar a la resignación.

—Yo no lo maté —insistió Omar y antes de que Santos lo golpeará de nuevo se apresuró a agregar—: No lo maté, no más lo encontré muerto en su cuarto. Alguien se lo había enfierado. Dejaron un pinche reguero de sangre por todas partes. Quien haya sido le traía ganas.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace una semana, fue la mañana después de la fiesta —explicó Omar y ante la expresión de desconcierto del detective agregó—: Organizamos muchas pedas a las que le cae un chingo de raza porque saben que tengo drogas. El Axel no era una blanca paloma, sabía que era *dealer* y no le importaba, es más, estaba encantado porque gracias a eso siempre había culitos que se podía coger.

» A media peda yo me fui a mi cuarto con una morrieta y lo dejé a cargo. A la mañana siguiente que me levanté fue cuando lo encontré muerto. Obviamente no iba a llamar a la chota, porque vendo drogas y, además, conociéndolos, me iban a querer colgar el muertito a mí. Así que envolví el cuerpo con una sábana, lo eché en la cajuela del carro y me deshice de él. Luego vine y limpié y eso fue todo.

Santos lo miró fijamente durante largo rato sin pronunciar palabra alguna. Lo estaba analizando para determinar si estaba mintiendo, pero por mucho que le molestara admitirlo, le parecía que Omar estaba diciendo la verdad.

—¿Y no tienes idea de quién pudo ser? —insistió Santos.

—La noche de la fiesta había un chingo de gente peda y atascada, pudo haber sido cualquiera.

El detective bufó enfadado. Lo habían contratado para encontrar el paradero de Axel y eso es lo que había hecho. Resolver su asesinato no era problema suyo, sino de la policía. No obstante, detestaba quedarse con la duda. De repente se le ocurrió una idea.

—¿Dices que a tus fiestas le caían muchas chavas?

II

La campana que decretaba el final de la jornada escolar resonó con fuerza y acto seguido los estudiantes abandonaron presurosos las instalaciones del Colegio de Bachilleres, cual manada de búfalos salvajes huyendo de un león. Entre el nutrido grupo de adolescentes pudo distinguir la figura de Mireya. Su uniforme escolar hacía más evidente su auténtica edad de dieciséis años. Santos se apresuró a interceptarla. Al verlo, la joven no hizo ninguna pregunta ni intentó escapar. Se limitó a bajar la mirada con resignación.

Con un gesto Santos le indicó que lo siguiera. La joven obedeció sin protestar. Entraron al interior de un Oxxo que estaba frente a la escuela. Mientras el detective compraba algo para beber, Mireya fue a sentarse a una de las mesas que había en la tienda de autoservicios.

Santos colocó la botella de plástico de Coca-Cola frente a la muchacha. Él optó por esa bebida caliente que los dependientes del establecimiento pretendían hacer pasar como café. Le dio un sorbo y miró fijamente a Mireya. Su aspecto demacrado se había acentuado, aunque no estaba seguro de si era por el síndrome de abstinencia o por la culpa.

—¿Fuiste tú quien mató a Axel?

—Si ya lo sabe, para qué me lo pregunta —respondió Mireya con tono de fastidio.

—Quería estar seguro —dijo Santos—. ¿Qué fue lo que pasó?

Mireya suspiró. Dio un trago a su bebida y comenzó a relatar el suceso. Era una yonqui y Omar era su *dealer*. No obstante, apenas era una adolescente y conseguir dinero no le resultaba fácil, así que tenía un trato con él para conseguir drogas. Ella le llevaba chicas de su escuela a las fiestas que organizaba a cambio de alguna dosis. Esa noche llevó a una muchacha que terminó en la cama con Omar. Mireya obtuvo su dosis, sin embargo, hacía tiempo que no consumía y, en cuanto estuvo en sus manos, la tomó de inmediato, quedándose botada en un sillón. Cuando despertó, todos se habían marchado y sólo quedaban en la casa Omar, la muchacha que había llevado, Axel y ella. Éste último le propuso que si se acostaba con él le daría otra dosis. Mireya aceptó. Sin embargo, a la hora de recibir su pago, Axel sólo se rio y se negó a cumplir su parte del trato. Fuera de sí, sacó una navaja de resorte que siempre llevaba consigo en su bolso y lo atacó. Le dio una primera puñalada en la espalda, que lo derribó, y después lo acuchilló muchas veces estando en el suelo hasta que dejó de moverse.

Se quedó ahí, al lado del cadáver de Axel, bañada en sangre y en estado de shock, durante un largo rato. Después, como si despertara de una ensoñación, se dio cuenta de lo que había hecho y, primero, entró en pánico, pero luego se calmó y trató de pensar con calma. No parecía que Omar y la otra chica se hubieran dado cuenta de lo que sucedió, así que entró al baño y se limpió la sangre (afortunadamente estaba casi desnuda cuando cargó contra Axel, por lo que sólo se manchó su ropa interior); después se vistió, se aseguró que no dejaba ningún objeto personal y se fue de ahí.

Tras terminar su relato, Mireya sintió la garganta seca y le dio un largo trago a su Coca-Cola. Santos la miraba en silencio.

—¿Qué va a pasar conmigo? —quiso saber Mireya. Había una mezcla de temor y cansancio en su voz.

—¿Qué pasó con la navaja con la que mataste a Axel?

—Aquí la traigo —dijo señalando su mochila—. Como le dije, la llevo siempre conmigo para defenderme.

—Entrégamela —exigió Santos.

La muchacha obedeció sin resistirse. Sacó el arma blanca de la mochila y se la pasó al detective, quien la examinó con calma. Mireya no había hecho un buen trabajo limpiándola, pues aún conservaba rastros de sangre. Después se la echó en el bolsillo del pantalón.

—La ropa que usaste esa noche, si fuera tú mejor la quemaba.

—¿No va a entregarme a la policía? —dijo Mireya sorprendida.

—Me contrataron para encontrar a Axel y ya cumplí con mi trabajo —explicó Santos—. A mi modo de ver, el güey era un cabrón y se merecía lo que le pasó. Además, la policía ya tiene al culpable de su muerte.

Santos frunció una sonrisa socarrona. Después de que confesara donde dejó el cuerpo de Axel, había entregado a Omar a la policía. Como era previsible, no sólo lo acusaron de venta de drogas, sino del asesinato de su compañero de casa. El detective tampoco hizo mucho por sacarlos de su error. Sabía que el muchacho lo negaría, pero estaba seguro que después de una calentada en la comandancia por parte de los ministeriales,

aceptaría dicha versión de los hechos. Era lo más parecido a la justicia que podía obtenerse en un país de locura como México. El detective se puso de pie, listo para irse.

—¿No va darme un sermón sobre lo malas que son las drogas, como hacen siempre los adultos? —dijo Mireya.

—Ni que fuera cura —replicó Santos—. Además, después de todo lo que te pasó, ¿aún necesitas que te dé el folleto de un centro de rehabilitación?

Y se marchó dejando a la muchacha pensativa. ¡Ja! Cómo me viera diciéndole a alguien cómo vivir decentemente, pensó divertido Santos. Ex chota, saca borrachos y detective de medio pelo no son precisamente credenciales para presumir de autoridad moral. A sus cuarenta y dos años era un culero hecho y derecho, que no vivía como debía sino como podía. No estaba como para ponerse una capa y salir a tratar de salvar a la juventud. A su modo de ver, la juventud debía aprender a salvarse sola o chingarse, como todos los demás.

Encendió un cigarrillo y pensó nuevamente en Ciudad Juárez. Una ciudad del pecado la construyen los pecadores y no al revés, sin importar su código postal. Pecadores como Omar, Axel o él mismo. Nadie nacía siendo un pecador o alguien decente, sencillamente era una elección personal.

Sonrió. Como aún debía permanecer ahí por motivos profesionales, debido a que el papeleo para poder trasladar el cuerpo del difunto Axel a Chihuahua aún tardaría un par de días y Claudia Vizcarrondo había agregado un cero extra a su cheque para que se encargara de tal menester, Santos se dijo que bien podía tomarse el día libre y disfrutar de las maravillas de la vida nocturna de Ciudad Juárez.

Enemigo público número uno

I

*Politicians hide themselves away
They only started the war
Why should they go out to fight?
They leave that role to the poor, yeah*

Black Sabbath

Todos los santos fueron criminales desde la perspectiva de los poderosos. Incluso Jesús había sido crucificado a lado de dos delincuentes. La Tuza sonrió al recordar aquella frase del padre Anacleto. Era algo que solía decirles antes de salir a una misión, por si uno de los muchachos tenía alguna clase de reparo ético. Extrañaba esos tiempos, cuando la vida era mucho más simple. La época en la cual él no tenía que mandar a nadie, sino simplemente ser mandado, en ese caso, por el sacerdote que dirigía la *Caballería de Cristo*, un grupo de choque financiado por un partido político de ultraderecha.

Los integrantes de dicha organización solían ser jóvenes provenientes de varios reformatorios. Por lo general el cura escogía a los que tuvieran un historial de violencia. De cara al público se trataba de un programa social de la Iglesia que buscaba rehabilitarlos para que se volvieran miembros productivos de la sociedad. La Tuza había terminado en una de esas instituciones luego de una riña con otro muchacho de su escuela, quien terminó perdiendo un ojo durante la misma. Ahí conoció al padre Anacleto. Era un hombre alto, de hombros amplios y cuerpo

musculoso, más propio de un boxeador que de un sacerdote. Llevaba la cabeza rapada, lo cual acentuaba sus rasgos pétreos. En contraste, su expresión era perpetuamente afable, beatífica. Era la clase de persona que inspiraba confianza al instante.

—Dime, muchacho, ¿quieres permanecer en este lugar desperdiciando tu vida? —le dijo el padre Anacleto en la sala de visitas del reformatorio la primera vez que lo vio—. ¿O prefieres salir y realizar el trabajo de Dios?

La Tuza aceptó de inmediato su propuesta. Cualquier cosa era mejor que permanecer en ese infierno institucional. O eso creía, porque terminó en una especie de granja ubicada en una zona rural, donde lo obligaron a trabajar la tierra por las mañanas y a recibir entrenamiento cuasi militar durante las tardes. Así aprendió combate cuerpo a cuerpo y el uso de armas de fuego. Una vez que tuvo la suficiente pericia en dichas áreas, fue autorizado para unirse formalmente a la Caballería. Estaba listo para salir a la calle a servir a Dios.

Las operaciones del grupo consistían, normalmente, en salir a golpear comunistas y otros rivales políticos durante los periodos electorales. Recordó que la primera vez que mató a alguien fue en esa época. Un maestro rural que estaba haciendo mucha grilla y andaba alborotando a los campesinos. Dos tiros de una treinta y ocho y se terminó el problema. El padre Anacleto lo felicitó y le dijo que los comunistas eran demonios y que Dios lo premiaría por su buena acción.

—Pinche padre Anacleto —murmuró con resentimiento.

Aquello fue a principios de los ochenta. Pero tras la “apertura democrática” de la presidencia al iniciar la década

de los noventa, deshicieron el grupo, pues daba mala imagen al partido ahora que también se había vuelto gobierno de un par de estados. Al padre Anacleto lo ascendieron a obispo y se fue a una ciudad del centro del país, olvidándose de “sus muchachos”. La Tuza y el resto de compañeros se quedaron solos, sin trabajo y sin apoyo político, pero poseedores de una serie de habilidades criminales que podían aprovechar. Por ello continuaron realizando actividades ilícitas, sólo que ahora para su beneficio personal.

Probaron de todo: asaltos bancarios, robo de autos, secuestros y tráfico de drogas. Pero no pasaron de ser una banda de poca monta a la sombra de los grandes cárteles. No fue hasta que inició la *Guerra contra las drogas* del gobierno federal que pudo ascender. Esto se debió a dos factores: el primero, la protección de Severino Calleja, un antiguo compañero de la Caballería que para entonces ya era diputado federal; el segundo, su cambio de giro hacia el robo de combustible o *huachicoleo*, como se le conocía coloquialmente. Fue en esa época que se ganó el apodo de “Tuza”, por su habilidad para excavar y encontrar tuberías subterráneas de Pemex, en las cuales colocaba tomas clandestinas. A partir de ahí, el dinero llegó a montones.

—Y ahora soy el número uno —dijo la Tuza en voz alta.

Suspiró. Sí, era el número uno, ¿pero de qué le servía aquello? Ahora era el jefe, el mero mero. Pero estaba atrapado en aquella pequeña habitación. Tenía una cama cómoda, digna de un monarca, un televisor de cincuenta pulgadas, un modernísimo celular desde el cual podía dirigir su imperio y un sofisticado estéreo que apenas sabía usar. Comía los mejores manjares que serían la envidia del rey Salomón (incluso tenía unos carísimos

chocolates traídos directamente de Suiza, golosina por la cual sentía especial debilidad), y nunca le faltaban meretrices para satisfacer sus necesidades carnales. Sin embargo, no podía disfrutar plenamente de aquellos placeres terrenales mientras tuviera a los cerdos persiguiéndolo. Y el idiota de Severino no había podido quitárselos de encima.

—Todos los políticos son unos inútiles —se dijo la Tuza.

En ese momento escuchó un gran alboroto proveniente de la entrada de su casa. Aquel escándalo interrumpió sus sombrías reflexiones. Estaba sentado frente a un reluciente escritorio de caoba. Sobre éste había una laptop de última generación, una cámara digital conectada a ésta y un cuaderno donde escribía ideas para futuras arengas a sus hombres. Estaba por ponerse de pie para averiguar lo que estaba sucediendo cuando irrumpieron violentamente en la habitación un par de policías federales apuntándole con sus rifles de asalto.

—¡Arriba las manos! —ordenó uno de los agentes—. ¡Ora así valiste verga, pinche Tuza!

II

Once meses antes...

La oscura camioneta se detuvo justo a la entrada de un exclusivo restaurante en Polanco. Tras ésta iban otro par idéntico, tripuladas por agentes de la policía federal vestidos de civil. El procurador se apeó acompañado de dos escoltas y se dirigió al interior del restaurante. Se trataba de un edificio de estilo vanguardista, en el cual predominaban las formas geométricas y cuyos materiales principales eran bambú y cristal. Todo muy *ecofriendly*. El funcionario marchó entre las mesas con paso majestuoso, de patricio romano, atrayendo las miradas inquietas de los comensales, conformados por empresarios, políticos y algunos miembros de la farándula, quienes lo saludaron a su paso con una inclinación de cabeza y un cortés “señor procurador”. Pese a ello, no pudieron esconder su nerviosismo ante su presencia. La prensa se había ensañado con él en los últimos meses, exhibiendo su ineptitud y sus corruptelas. Por tal motivo ya nadie quería verse relacionado con tan torvo personaje. Era un cartucho quemado que ya no le servía a nadie. Quizá por ese motivo el procurador andaba con aquella actitud altiva, retadora, ante aquellos hipócritas que apenas el año pasado aún lo saludaban de forma comedida.

Fue conducido por el jefe de meseros a la planta alta, hasta una terraza exclusiva para clientes VIP. En la puerta-ventana que dividía el interior del exterior se hallaban apostados un

par de soldados. El procurador indicó a su escolta esperarlo ahí y se dirigió a la mesa ubicada en medio de la terraza donde lo esperaban el secretario de gobernación y el general secretario de la Sedena. No había ningún otro comensal en el lugar.

Saludó a sus compañeros de gabinete y se sentó. Lo único que había sobre la mesa era un cenicero, una botella de oporto y tres copas de cristal. Aquello indicaba que primero se tratarían los negocios. Por eso, antes que nada, se sirvió una copa de vino que apuró de un trago. Sabía que le esperaba una conversación importante. El secretario de gobernación nunca daba instrucciones cruciales desde su despacho en Bucareli, pues según él, ahí siempre había oídos indiscretos escuchando. Era el problema de haber dirigido los servicios de inteligencia el sexenio anterior: aquello lo había vuelto paranoico. Veía espías en todas partes. Por tal motivo se hallaban ahí. Cuando se reunían en la terraza de ese restaurante era para comunicar órdenes directas del mismísimo Presidente de la República.

—Caballeros, ahora que estamos los tres reunidos podemos dar comienzo con nuestro asunto —dijo el secretario de gobernación al mismo tiempo que abrió un fino cartapacio de piel y extraía un par de expedientes con el membrete del Cisen¹ que les entregó al procurador y al general.

El procurador abrió la carpeta y lo primero que vio fue la fotografía de Emiliano Cervantes, alias “La Tuza”, líder de una banda dedicada al robo de combustible y en menor medida al tráfico de drogas. Su área de operación era en un par de estados del norte del país. Miró al militar y encontró la misma

¹ *Centro de Investigación y Seguridad Nacional*. Institución de inteligencia civil al servicio del gobierno mexicano.

expresión de desconcierto que seguramente él tenía. La Tuza era un delincuente de nivel medio y por ello no figuraba en la lista de objetivos prioritarios de la PGR o el ejército. El secretario de gobernación sonrió ante la perplejidad de sus compañeros, pero antes de responder a sus dudas encendió un habano de marca Montecristo. Tras lanzar una bocanada miró tanto al militar como al policía.

—Señores, ante ustedes está el próximo objetivo del gobierno federal.

—Perdón que te cuestione, Carlos. ¿Pero por qué un delincuente sin importancia de repente se va a convertir en el enemigo público número uno?

—Como ambos ya saben, la popularidad del Presidente y su gabinete se encuentra en su punto más bajo y necesitamos un golpe mediático que levante su imagen, aunque sea un poco —dijo el secretario de gobernación, como si él no formara parte de aquel desastre—. Sin embargo, tampoco queremos que la violencia se descontrole más de lo debido.

»Si vamos tras una cabeza importante ya saben lo que sucedería. Narco-bloqueos, ataques a la población y Dios sabe qué más. A nadie nos conviene esa clase de publicidad en este momento. Es por ello que la solución es atrapar a un cabrón poco importante, cuya captura no genere mucho caos, pero que al mismo tiempo parezca que es un delincuente peligrosísimo. Y según los análisis del Cisen, la mejor opción es ese mentado Tuza.

—Pero sí nomás es un pinche huachicolero —dijo el general.

—Ahorita —repuso el secretario de gobernación en

forma enigmática.

—¿En qué estás pensando, Carlos? —inquirió el procurador.

—Ya me he puesto de acuerdo con varios empresarios, dueños de los principales medios de comunicación. Dentro de poco iniciará una campaña en la que nuestros amigos de la prensa denunciarán a este peligroso criminal que hasta ahora ha pasado bajo el radar de las autoridades y que bien podría ser el nuevo Chapo Guzmán. Reportajes impresos, notas en televisión, *bots* impulsando *hashtags* en redes sociales y hasta un par de libros. De todo un poco. El cabrón va a ser tan famoso que en unos años hasta su teleserie le van a hacer.

—¿Y los gringos qué opinan? —preguntó el general.

—Ellos están encantados —dijo el secretario de gobernación—. Varios congresistas del partido demócrata llevan algún tiempo cuestionando el desorbitado presupuesto que se destina a la guerra contra las drogas, sobre todo ahora que algunos de sus estados han empezado a probar la legalización. Por eso también les caería de perlas agarrar a un capo importante. En el próximo reporte del FBI sobre su lista de los más buscados incluirán a la Tuza. Lo único que pidieron a cambio es su extradición para que ellos puedan armar su propio circo allá también. Es cierto que no es un narcotraficante propiamente dicho, pero pueden darle por el lado del lavado de dinero.

Y después de lanzarles una descarada mirada de satisfacción, le dio otra calada a su habano. El Procurador lo miró fijamente. Sabía que aquello no era únicamente una maniobra para ganar buena prensa. La elección de la Tuza no era al azar, pero tampoco producto del análisis del Cisen. Él sabía perfec-

tamente que el huachicolero tenía vínculos con el gobernador Severino Calleja y que éste requería de la tajada que le tocaba del robo de combustible para su futura campaña presidencial. Es por ello que el secretario de gobernación quería eliminar a la Tuza, para dejar sin fondos al gobernador Calleja y así quitarse de encima a un importante rival político, pues también le andaba tirando a la silla del águila.

El procurador sonrió. Si jugaba correctamente sus cartas en la partida que acababa de iniciar el secretario de gobernación, a él también le podría tocar un buen hueso el siguiente sexenio y de esta manera apartar los oscuros nubarrones que ensombrecían su carrera política actual. Tal vez hasta podía terminar sentado en el despacho del Palacio de Cobián². Tomó su copa y frunciendo una sonrisa propuso un brindis.

—¡Por la Tuza!

Sus dos compañeros, igualmente sonrientes, brindaron con él.

² Edificio que funge como sede de la Secretaría de Gobernación en la Ciudad de México.

III

Tal como anticipó el secretario de gobernación, la campaña mediática para posicionar en el ojo público a la Tuza inició con un reportaje transmitido por el noticiario de mayor audiencia a nivel nacional. Seguido de varias notas en diversos periódicos y portales informativos. Aprovechando la devoción religiosa del capo y su pasado como ex miembro de un grupo de choque de un partido ultraconservador, se afirmó que más que dirigir una banda de huachicoleros era el jefe de una suerte de secta criminal en la cual sus miembros creían estar protegidos por un poder divino el cual evitaba que los alcanzaran las balas. Incluso se hicieron correr rumores sobre extraños rituales llevados a cabo en templos construidos en medio de la sierra, donde se veneraba la imagen de la Tuza como si fuera un santo o un mesías. Con aquella reputación, de repente el huachicolero pasó de ser un delincuente menor que casi nadie conocía, a toda una celebridad del mundo criminal. Y entre todo el maremágnum informativo, se colaron una que otra nota sobre sus vínculos con el gobierno de Severino Calleja.

Cerca de tres meses duró esta etapa del plan. Una vez posicionada la imagen del capo huachicolero en las primeras planas, inició la segunda parte. El procurador dio una conferencia en la que declaró que la Tuza se había convertido en el objetivo número uno de la dependencia y que utilizaría todos los medios a su disposición para llevarlo ante la justicia.

Sin embargo, las cosas no salieron de acuerdo a los planes. Su captura no resultó tan fácil como las autoridades tenían previsto. Cuando se montó un gran operativo conjunto de la PGR y la Sedena con el único objetivo de arrestarlo, la Tuza huyó hacia la sierra, que según contaban, conocía como la palma de su mano. Gracias a la ayuda de cierto sector de la población, que lo veía como un benefactor o sencillamente le temía, y al gobierno de Calleja, al cual estaba fuertemente ligado, pudo evadirse fácilmente de la presa de las fuerzas de seguridad federales. Aquello sólo consiguió aumentar su recién nacido mito.

Para colmo, la Tuza se aprovechó del cuento inventado por el gobierno de ser un fanático religioso y comenzó a aparecer en videos de YouTube alegando que las acciones de la presidencia de la república en su contra en realidad se trataban de una persecución religiosa, tal y como la que sufrieron los fieles católicos durante el mandato de Plutarco Elías Calles. Y al igual que los cristeros, él defendería su fe hasta el final, declarando la guerra santa contra los infieles.

Tras semejante declaración, su popularidad se disparó. Ahora su imagen aparecía en todos los medios, pero ya no por obra del secretario de gobernación, a quien su plan maestro se le había ido de las manos, sino a un extraño carisma que resultaba bastante atractivo (y lucrativo) para la prensa. En contraste, la popularidad del presidente cayó a un punto todavía más bajo, llevándose con él al secretario de gobernación y al procurador, quienes veían cómo poco a poco se iban diluyendo sus aspiraciones políticas.

IV

Pascual Treviño puso una expresión de disgusto luego de darle un trago a su cerveza y descubrir que se había puesto tibia. Era lo que odiaba de aquella pinche ciudad construida en medio del maldito desierto: nada duraba frío mucho tiempo. Por si fuera poco, el aire acondicionado del hotel de mala muerte donde se hallaba hospedado no funcionaba, provocando que su habitación apestara a sudor rancio y el gerente no parecía interesado en arreglar pronto el desperfecto.

Sospechaba que era una táctica silenciosa de su parte para correrlos. Hacía poco más de ocho meses que él y el resto de la brigada especial de la policía federal estaban alojados ahí y el último mes había dejado de recibir el dinero del hospedaje, por lo cual comenzaba a perder la paciencia. El comandante le juró que en cuanto aprobaran el “recurso” recibiría su pago, pero el gerente no parecía muy convencido. Pascual lo comprendía. A ellos mismos también comenzaron a escatimarles el sueldo. La quincena ahora llegaba tarde e incompleta o, frecuentemente, de plano no llegaba.

Se suponía que el operativo para capturar a la Tuza duraría máximo una semana. Pero ya llevaban casi un año recorriendo aquel estado norteño de punta a punta sin resultado alguno. Desde la sinuosa sierra donde la temperatura alcanzaba los dos dígitos bajo cero, hasta el inclemente desierto donde ascendía casi a los cincuenta grados. Un maldito infierno de hielo y fuego. Todo para nada. Era como perseguir al Yeti o al mons-

truo del lago Ness; todo mundo decía haberlo visto pero nadie sabía exactamente cuándo y, lo más importante, dónde. La inteligencia del Cisen y la sección segunda del ejército tampoco ayudaba pues se volvía obsoleta antes de llegar a la brigada. El huachicolero tenía ojos en todas partes y para cuando un operativo llegaba a uno de sus escondites, él ya estaba muy lejos de ahí. Dicha situación frustraba de sobremanera al comandante, pues quedaba muy mal ante los ojos del procurador, quien ya había perdido la paciencia y se la pasaba regañándolo por incompetente.

No era el único que se encontraba desesperado. A Pascual también le urgía acabar con aquella comisión y regresar a su casa en Ecatepec. No por su mujer, quien ya ni caso le hacía y continuaba a su lado sólo hasta que consiguiera alguien más que la mantuviera; tampoco por sus hijos, que lo odiaban, sino por su gran oportunidad de llegar al estrellato.

Desde hacía rato que en su tiempo libre trabajaba con una productora de televisión como asesor en varias narco-series. Un año atrás, dicha empresa consiguió un jugoso contrato con una plataforma internacional de *streaming* para filmar una serie policíaca ambientada en México y le habían propuesto actuar como uno de los villanos, un corrupto jefe de la policía. Ni tendría que actuar, pensó divertido el federal. Y desde que le hicieron aquella propuesta había fantaseado con dejar la corporación y convertirse en una estrella del cine de acción, algo así como el Sylvester Stallone mexicano.

—Pero eso nunca pasará mientras esté atorado en este puto desierto —dijo con amargura luego de apurar el resto de la cerveza tibia.

La filmación iniciaría dentro de tres meses. Tenía que zafarse de la misión de captura del huachicolero de alguna forma. Lo más fácil sería conseguir un médico para que le firmara una incapacidad falsa. Pero el teatrillo se le caería si en vez de estar en su casa convaleciendo anduviera filmando escenas de acción para una serie. Además, llevaba dos quincenas sin que le depositaran un quinto así que no tenía dinero, ya ni digamos para un soborno, sino siquiera para comer. De no ser por los préstamos de sus compañeros, se habría muerto de hambre. Desertar tampoco era una opción que le convenciera, no de momento al menos. Su sueldo no era la gran cosa, pero el ofrecido por la productora no era mucho mayor y no tendría las prestaciones que le daban en la corporación. Viera por donde lo viera, la única salida viable era agarrar a la pinche Tuza. Aunque eso no se veía por dónde.

Se levantó de la cama y fue hasta la pequeña mesita que había en una esquina de la roñosa habitación. Tomó la copia del expediente de la Tuza y comenzó a leerlo por enésima vez. Emiliano Cervantes, nacido el 6 de agosto de 1966... en eso alguien llamó a la puerta, interrumpiendo su lectura. Lanzó un lacónico “entren” y la puerta se abrió, dejando ver a Beto y Lisandro, dos compañeros federales. Seguro venían a invitarlo a una partida de dominó en el salón del hotel. Llevaban un mes estacionados en aquella ciudad debido a que les habían reducido los recursos para el operativo y ya no tenían ni para la gasolina de los vehículos, por lo cual tenían órdenes de no moverse a menos de que fuera una pista verdaderamente sólida. En consecuencia, sus únicos entretenimientos desde entonces eran la televisión, sus celulares, el póker y el dominó.

—¡Qué hubo, par de maricones! —los saludó Pascual—. ¿Por fin se decidieron a salir del clóset y vienen a confesarlo?

Beto y Lisandro eran los únicos que no tenían un cuarto personal y debían compartir uno, lo cual había originado la broma de que eran pareja.

—Nel —dijo Lisandro, haciendo caso omiso de la pulla de su compañero—. Venimos a proponerte un negocio.

—¿Neta? ¿Qué negocio?

—Pues desde hace unos días le echamos el ojo a una casa de empeño que está a las afueras —intervino Beto—. Poca seguridad. Entrar y salir. Muy pelada. Con dos güeyes basta para la chamba, pero necesitamos un tercero que maneje el coche. ¿Te animas?

—¿El carro y las fuscas?

—Nos clavamos todo de un operativo del mes pasado. El rastro llevaría a la gente de la Tuza.

La oferta sonaba tentadora, en especial porque no tenía ni un peso partido por la mitad. Pero hacía dos años que lo torcieron haciendo una chingadera parecida y el comandante apenas pudo sacarlo del aprieto. Sin embargo, le leyó la cartilla advirtiéndole que no quería más pendejadas de ese tipo.

—¿Hasta cuándo tengo para decidirme?

—Pasado mañana.

—Okey, yo te aviso.

V

Cuando parecía que el asunto seguiría estancado surgió una pista prometedora. Desde un tiempo atrás se logró identificar a tres personas de confianza de la Tuza que fungían de intermediarios entre él y sus familiares, llevando ropa y alimentos a diferentes lugares de la sierra. Pero repentinamente dejaron de hacerlo y, en cambio, se les vio frecuentando una modesta casa en el número 49 de la calle Sebastián Lerdo de Tejada, en una colonia de la periferia de la capital del estado. Era una pista débil, pero era lo mejor que habían tenido en meses.

Comenzó así una discreta vigilancia de aquella casa. Pascual y otros agentes se disfrazaron de vendedores de fruta, de telefonía, hasta de predicadores, con tal de saber más de lo que pasaba en ese domicilio. Sin embargo, no surgían muchos datos. Aunque al menos Pascual obtuvo un pretexto para librarse de la propuesta que le habían hecho sus compañeros. El trabajo supuestamente fácil terminó en desastre. Beto, Lisandro y Jonás, otro compañero, atracaron la casa de empeño, pero al huir fueron sorprendidos por dos unidades de la policía municipal. Se armó la balacera, en la cual cayó muerto Lisandro, así como uno de los municipales y salieron heridos Beto y Jonás. Una maldita catástrofe. Cuando se descubrió que eran agentes de la brigada especial que estaba ahí para capturar a la Tuza, el gobierno estatal aprovechó su influencia en la prensa local para lanzar toda la mierda posible sobre ellos y así golpear directamente al procurador y, en especial, al secretario de gobernación.

VI

Pascual entró en el viejo Nissan y una vez que estuvieron lejos de la calle Sebastián Lerdo de Tejada se despojó de su barba falsa. Había pretendido ser testigo de Jehová, pero como otras veces, no logró obtener información del interior de la casa número 49. Platicó cerca de una hora con Azucena, la señora cincuentona que cuidaba la casa, sobre plantas, telenovelas y lo caro que resultaba hacer la despensa en la actualidad, todo por culpa de la mala gestión de la economía por parte del gobierno. “Pura corrupción con esos culeros”, le dijo la mujer. Pero de la gente que vivía con ella no obtuvo ni una palabra. Incluso llegó a pensar que estaban perdiendo el tiempo y que el huachicolero no se encontraba ahí. Así se lo comunicó al compañero que conducía el automóvil.

—Yo no sé para qué hacen tanto show —dijo el otro policía—. Con lo fácil que sería ir a tumbar la puerta y sacar a la pinche Tuza de los huevos si está ahí. Ni que fuera la primera vez que entramos a un lugar sin orden de cateo.

—No seas pendejo, Jaime, todo este desmadre es para hacer quedar bien al pinche procurador —explicó Pascual—. Por eso no podemos hacer las chingaderas de siempre. Todo tiene que ser legal y bonito. Científico, como en serie de televisión gringa.

—¡Qué hueva! —se quejó Jaime—. Si quisiera andar disfrazándome me hubiera hecho actor de telenovelas. Yo sé que a ti te laten esas pendejadas, pero los que somos hombres de verdad no le entramos a esas mariconadas.

Pascual no respondió. No porque le hubieran ofendido las palabras de su compañero, sino porque le recordaron que faltaban poco menos de dos meses para que empezaran las filmaciones de la serie donde haría su debut como actor. Debía zafarse de esa misión lo antes posible. Para quitarse el mal sabor de boca, le indicó a Jaime que antes de dirigirse al hotel fueran por unos tacos de carne asada. Odiaba con ganas aquella ciudad norteña, pero estaba enamorado de su carne. Algo bueno tenía que tener este pinche desierto, pensó Pascual. Como hacía poco que le habían vuelto a depositar su sueldo ya se podía permitir aquel lujo.

El Nissan se detuvo frente a un puesto metálico, de cuyo techo sobresalía una chimenea desde donde emergía una ligera columna de humo, cargando el ambiente de un fuerte olor a carbón y carne asada. Éste se hallaba ubicado en una calle tranquila, en la que sólo había esas horribles casas de Infonavit construidas en serie. El taquero ya conocía a la pareja de policías y los saludó con amabilidad. Pidieron sus tacos cubiertos de salsa roja y acompañados de sendos refrescos Manzanita Soto, una marca local.

Se sentaron en una mesa de plástico colocada bajo una carpa concomitante al puesto. Dos calles más allá, escucharon música de Tatiana y la algarabía propia de varios niños reunidos. Se trataba de una fiesta infantil. Un nutrido número de infantes se hallaban reunidos en torno a una piñata que intentaba reproducir la figura del personaje principal de una caricatura de moda. La cumpleañera, una chiquilla que no debía pasar de los 6 años de edad, intentaba infructuosamente darle de palos a la misma. Dicha imagen puso nostálgico a uno de los federales.

—Putra madre —se quejó Jaime—. Por andar comisionado en esta pinche misión me perdí la fiesta de cumpleaños de mi chamaco, que fue la semana pasada.

Pascual lo escuchó con aburrimiento. Él se había perdido los cumpleaños de todos sus hijos desde que nacieron. No entendía por qué tanto alboroto por una fecha que te recordaba que cada vez estabas más cerca de la muerte. En su opinión, la gente que festejaba su cumpleaños eran unos pendejos...

—¡Ahuevo! Cómo no se me había ocurrido antes —dijo Pascual de repente, sobresaltando a Jaime a quien por poco se le caen sus tacos de las manos—. Ya sé cómo agarrar a ese culero.

VII

Pascual y el resto del comando designado para entrar en el número 49 de la calle Sebastián Lerdo de Tejada se apostaron en la entrada de la casa. El comandante dio la orden y uno de los agentes echó abajo la puerta con ayuda de un ariete. De inmediato, el escuadrón de federales se introdujo a la vivienda en formación, con los cañones de sus R-15 por delante. No encontraron ningún tipo de resistencia, pues los únicos ocupantes en ese momento eran Azucena, quien se encargaba de las labores domésticas, un pistolero que fungía como escolta personal de la Tuza, el cual se rindió de inmediato al ver la superioridad de la fuerza policial a la que se enfrentaba, y el propio huachicolero. Éste no pudo ocultar su sorpresa cuando Pascual y otro agente lo esposaron y lo condujeron fuera de la vivienda hacia su transporte: una camioneta blanca sin insignias para viajar de manera discreta y así evitar cualquier intento de rescate por parte de sus hombres. En cuanto el capo estuvo dentro, el vehículo arrancó rumbo a la base de la Fuerza Aérea donde lo aguardaba un avión militar que lo llevaría a la Ciudad de México.

La camioneta se movía parsimoniosamente por las calles de aquella ciudad nortea bajo un abrasivo sol, pese a ser apenas media mañana. Era conducida por dos militares vestidos de civil y en la parte de atrás iban cuatro policías federales (entre los que se encontraba Pascual), vigilando “el paquete”. Lo acompañarían hasta su destino en la capital del país, escoltados por más soldados y un delegado de la PGR que se encargaría de interro-

gar al prisionero durante el vuelo. Se respiraba un aire de alivio entre los policías, pues el operativo resultó sin contratiempos y ahora finalmente podían regresar a casa. El más feliz, sin duda, era Pascual. La brigada consiguió completar la misión faltando una semana para que empezaran las grabaciones de la serie. Le habían enviado el libreto apenas un mes atrás, pero para ese momento ya se sabía sus parlamentos de memoria (aunque tampoco eran muchos). Ahora nada se interponía entre él y el estrellato.

—¿Cómo me encontraron? —dijo de pronto la Tuza. Había un genuino tono de desconcierto en su voz.

El huachicolero se encontraba entre Pascual y otro agente, por lo cual la repentina pregunta lo sobresaltó. Lo miró un rato sin responder. Después intercambió miradas con sus otros compañeros quienes se limitaron a mover sus cabezas en forma negativa. Tenían órdenes estrictas de no dirigirle la palabra, pero quizás esa iba a ser la única oportunidad de Pascual para contarle a alguien el único momento de genuina brillantez de su vida. El comandante y sus órdenes se pueden ir mucho a la chingada, pensó el federal. Comenzó entonces a explicarle cómo lo descubrieron. De cualquier manera, el comandante se iba llevar todo el crédito de la operación.

Había sido muy simple en realidad. Pascual recordó que la fecha de nacimiento de la Tuza era el 6 de agosto, para la cual faltaban tan sólo unas pocas semanas. Ahí fue cuando se le ocurrió un plan: vigilar la casa y a los intermediarios que llevaban provisiones a la misma. Si desde la calle se veían preparativos para una fiesta de cumpleaños, confirmarían que habían encontrado la madriguera de la Tuza. El 6 de agosto uno de los hombres del

capo llegó al número 49 de la calle Sebastián Lerdo de Tejada con un pastel de cumpleaños adquirido en una panadería local. Eso, y la intervención del procurador, bastó para convencer a un juez de emitir la ansiada orden de cateo en tiempo récord.

La expresión de la Tuza tras escuchar la narración de Pascual fue, primero, de incredulidad, pasando por la ira, para finalmente sonreír con amargura y sentenciar con un tono filosófico:

—Entonces lo que chingó al enemigo público número fue un pinche pastel de chocolate.

La presa

No había una sola hebra en sus ropas, ni una línea en las definidas y singulares facciones de su rostro, que no fueran las mías, que no coincidieran en la más absoluta identidad.

Edgar Allan Poe

Los hombres somos cazadores por naturaleza. No importa cuánto nos “civilicen”, en el fondo continuamos siendo depredadores y las mujeres son nuestra presa... leyó Higinio en el libro que sostenía en las manos, un manual de ligue de un famoso *influencer*, además de autoproclamado “maestro de la seducción”. Sonrió. Estaba totalmente de acuerdo con el autor. Buena parte de su conducta la dictaban sus instintos y no la razón. El sistema no había podido acabar con él, por lo cual continuaba siendo un lobo feroz en un mundo de ovejas.

Una notificación del celular lo hizo salir de su ensimismamiento. Era un aviso de que tenía un nuevo pasajero. Al revisar la aplicación descubrió que, de hecho, se trataba de una pasajera. Eso lo alegró. Lorena, leyó en la pantalla del teléfono.

—Ojalá que esté buena —se dijo con una sonrisa.

Echó a un lado el libro que estaba leyendo, dio marcha al motor y arrancó rumbo a la dirección marcada por el GPS. Unos minutos después divisó a la mujer, la cual superó sus expectativas. Alta, de largas piernas perfectamente torneadas y enfundadas en unos ajustadísimos jeans, blusa azul marino que dejaba adivinar unos senos de tamaño mediano, pero succulentos, y sobre ésta una chaqueta de cuero negro; su rostro parecía cincelado por algún maestro del Renacimiento y sus ojos un par de deslumbrantes ámbares; todo enmarcado por una cuidada cabellera castaña. Hi-

ginio se sintió anonadado ante semejante forro de mujer, como solía decir su padre. Esta sí es una vieja y no pedazos, pensó.

Lorena subió al vehículo y éste arrancó. De inmediato Higinio trató de sacarle plática.

—¿Y a qué te dedicas, amiga?

—No es asunto tuyo —respondió Lorena, cortante.

—Uy, qué carácter, amiga —dijo Higinio en tono jovial.

—No soy tu amiga. Límitate a hacer tu trabajo y conduce.

Higinio frunció el ceño, pero ya no respondió. Pinche vieja apretada, ni que estuvieras tan buena, pensó. Entonces vinieron a su cabeza una estampida de recuerdos de sus días en la preparatoria cuando fue rechazado incontables veces por chavas como la tal Lorena. Tipejas que se sentían princesas pese a estar prietas y que siempre lo miraron por encima del hombro. A él, que era güero y de ojos verdes. Era cierto que desde ese entonces tenía un poco de sobrepeso, pero estaba mejor que muchos de los cabrones con los cuales terminaban enredadas, quienes eran aún más prietos que ellas. Nunca entendió por qué preferían a esos patanes que nomás se las querían coger y no a un chavo respetuoso como él que quería una relación seria.

—Pinches viejas superficiales, nomás se fijan en el físico y no en los sentimientos —se quejó una vez frente a Alonso, su mejor amigo desde la infancia.

—No mames, Higinio, si tú eres igual —le respondió Alonso—. Le tiras la onda a pura chava bonita y a la Marcela que se muere por ti ni la pelas, nomás porque es gordita.

—¡Ay sí! Está bien pinche prieta y yo soy güero. Hay que mejorar la raza no empeorarla.

—¿Ves? Te fijas nomás en lo superficial y no en los sentimientos de Marcela.

Higinio miró indignado a su amigo, pero no pudo rebatir su afirmación. A partir de ese día dejó de hablarle. Continuó la preparatoria solo, sin amigos y sin novia. Desfogó sus frustraciones sexuales frente a un monitor, ya fuera en largas sesiones onanistas o colgando infinidad de post misóginos en foros de Internet a donde acudían sujetos igual de frustrados que él.

Tuvo su primer encuentro sexual hasta que salió de la escuela y entró a trabajar a una maquila. Contrató los servicios de una prostituta, pero la experiencia no resultó tan placentera como esperaba. La actitud indiferente de la mujer lo enfureció y por ello reaccionó con violencia. Comenzó a golpearla y de no ser porque ella tuvo la precaución de llamar a su padrote, la habría matado. El proxeneta le dio una brutal golpiza, rompiéndole un par de costillas y dejándole un ojo totalmente cerrado por la inflamación. Después lo arrojó a la calle y le advirtió que no lo quería cerca de ninguna de sus mujeres. Higinio jamás olvidaría dicha afrenta.

El recuerdo hizo que su sangre hirviera, pues identificó en Lorena la misma actitud indiferente de aquella puta. Ora vas a ver lo que es un hombre de verdad, pensó. Se desvió de la ruta marcada en el GPS y se dirigió hacia las afueras de la ciudad. Su pasajera iba tan concentrada en su teléfono que tardó en notarlo. Cuando lo hizo, la expresión de profundo terror que se imprimió en su faz provocó una fuerte erección en Higinio. Orilló el automóvil y lo detuvo. Antes de que Lorena acudiera a su teléfono, Higinio sacó una pistola y se la mostró.

—Avienta el teléfono al asiento de enfrente si no quieres recibir un plomazo —ordenó el conductor.

Sin más opción, la mujer obedeció. Satisfecho, Higinio continuó la marcha. Volvió a recordar a la puta y su padrote. Meses después, cuando estuvo recuperado de sus lesiones, regresó a la calle donde la había encontrado la primera vez. Igual que antes, se encontraba apostada en una esquina esperando al siguiente cliente. Higinio se acercó con calma, las manos dentro de los bolsillos de su chamarra. Cuando estuvo a unos pasos de ella, sacó la mano izquierda en que sostenía un frasco con ácido que le arrojó a la cara. Los alaridos de la pobre mujer atrajeron a varias personas de los alrededores, incluido a su padrote. Al ver a Higinio, se arrojó furioso contra él. Pero fue recibido por el cañón de una pistola que escupió cuatro proyectiles que acabaron con su vida.

Después huyó sin que los azorados espectadores del crimen hicieran algo para detenerlo. Duró encerrado una semana en el cuartucho de renta donde vivía, aterrado y en espera de que en cualquier momento la policía fuera a apresararlo. Pero nunca sucedió. Pasaron las semanas y los meses y no ocurrió nada. Entonces comprendió que a nadie le importaba lo que le ocurriera a una simple puta y su padrote. Podía hacerle lo quisiera a cualquier mujerzuela y no tendría ninguna consecuencia. Recordó los gritos de la puta cuando le echó el ácido a la cara y sintió tal excitación que la erección que tuvo casi dolía. Se masturbó con gran placer durante esa noche. Después de aquel episodio, buscó obsesivamente repetir la experiencia.

El automóvil se detuvo en un llano en el que apenas se veían unas cuantas casas solitarias a lo lejos y algunos matorrales intentando aferrarse al árido suelo. Un escenario idóneo para

que un lobo feroz devore a una presa. Higinio apagó el motor y echó una última mirada al asiento trasero. Lorena se encontraba acurrucada en un rincón, con el rostro entre las manos, sollozando. Sintió un deleite infinito ante la escena. “Los hombres somos cazadores por naturaleza. No importa cuánto nos “civilicen”, en el fondo continuamos siendo depredadores y las mujeres son nuestra presa”, recordó el libro que estuvo leyendo un par de horas antes, contemplando a su nuevo trofeo.

—Puedes gritar si quieres, aquí nadie te escuchará —le dijo antes de apearse del vehículo.

Abrió la portezuela trasera y fue recibido por el estruendo seco de un disparo. Sintió un dolor indescriptible en la entrepierna y miró con horror cómo sus pantalones se teñían de rojo en dicha área. El revólver se le escapó de entre los dedos y, acto seguido, se desplomó pegando de alaridos mientras intentaba frenar la hemorragia con sus manos. No entendía qué pasaba.

La mujer bajó del automóvil empuñando una pistola y lo contempló desde las alturas. Pero ya no fue una expresión de terror lo que encontró en ella, ni tampoco ira. Higinio vio un destello extraño en sus ojos amielados. Aquellos no eran los ojos de un ser civilizado, de alguien humano. Eran los de un depredador. Un escalofrío surcó su cuerpo de pies a cabeza al comprenderlo. El brillo en aquella mirada era por la excitación de la caza. Y él era la presa.

En ese momento experimentó un miedo indescriptible. Como pudo se puso de pie y trató de echar a correr, pero un balazo en una pierna lo hizo caer de bruces. Estando boca abajo recibió un nuevo disparo. Esta vez en el culo. Lanzó un grito tan

fuerte que sintió como se le desgarraba la garganta. Desesperado, comenzó a suplicar mientras un copioso llanto descendía de sus ojos, mezclándose con el polvo y los mocos que cubrían buena parte de su cara. Como respuesta a sus ruegos recibió otro tiro en el culo. Después otro y otro. Gritó hasta quedarse sin voz.

A sus oídos llegó el inquietante sonido del cambio de cargador de la pistola, mezclado con la respiración entrecortada de Lorena. La mujer cortó cartucho y disparó a ambos brazos de Higinio. Luego, giró su cuerpo con el pie hasta dejarlo boca arriba. Se inclinó ante él y metió con violencia el cañón del arma dentro de la boca del hombre. Éste intentó impedirlo, pero sin éxito. Entre sollozos balbuceó una última súplica, ininteligible a causa del metal incrustado en el paladar. Lorena lo miró una última vez con expresión extasiada y jaló del gatillo. Después sólo hubo silencio y oscuridad perpetua.

El jardín de las delicias

En pocas palabras: a nuestro país se le ve como una nación de rufianes y prostitutas a los que hay que mantener a raya, al otro lado de la línea fronteriza, para que no contaminen el estilo de vida americano.

Gabriel Trujillo Muñoz

Las habitaciones de los moteles siempre le habían parecido celdas glorificadas. Su aspecto impersonal y su espacio reducido sólo conseguían acentuar dicha impresión. Más aún en aquellos de baja categoría, como en el que se hallaba alojado. Las paredes se encontraban cuarteadas, la pintura desconchada y las manchas de humedad cubrían buena parte del techo. El mobiliario consistía en una cama desvencijada, con un colchón apestoso cubierto con sábanas percutidas, una cómoda toda raspada y llena quemaduras de cigarrillos, un closet con las puertas caídas y un viejo televisor que no sintonizaba bien los canales. Era, sin duda, el sitio más sórdido en el cual Rudolph Nash hubiera estado nunca. Pero también discreto y eso era precisamente lo que necesitaba.

Había conducido varias horas desde su bello pueblo, lleno de árboles y prados verdes, hasta esa horrible ciudad al sur de la frontera, cubierta de suciedad y apestando a fritangas. Todo para satisfacer una apremiante necesidad que resultaba imposible en su lugar de origen. Bueno, imposible no, pero sí bastante problemática. Nash era un buen hombre, tenía un buen empleo en una compañía inmobiliaria y una bella esposa. Desafortunadamente Dios no les había otorgado la bendición de tener hijos. Su esposa resultó ser estéril y aquello la mortificó mucho. Quizá

por eso le pidió que los domingos, después del servicio religioso en la iglesia anglicana a la que asistían, fueran a un parque a observar a los niños jugar. Nash no estaba seguro que aquello resultara sano para su mujer, pero debido al amor que le tenía terminó por acceder.

Lo curioso fue que Nash terminó por disfrutar aquellos momentos aún más que su esposa. Mirar a las pequeñas creaturas correr, reír, incluso llorar, lo llenaba de un gozo enorme que no supo explicar. Tardó varios meses en descubrir que mirar niños le provocaba placer carnal, uno que jamás había experimentado, ni siquiera con su esposa. Eso lo asustó y por ello dejó de ir al parque. Su mujer supuso que finalmente se había aburrido y ella tampoco regresó, pues comprendió que al estar ahí sólo se torturaba a sí misma.

Nash intentó ignorar su oscuro impulso recién descubierto, pero le resultó imposible. Fue así como terminó zambulléndose en los rincones más siniestros del Internet para calmar su creciente ansia. Pero sabía que aquello era sólo un paliativo digital y el deseo de tener algo *real* se volvía cada vez más apremiante. Por eso decidió pedir ayuda. Acudió al pastor de su iglesia, Harvey Wilmer. Entre lágrimas le contó su secreto, esperando la inmediata condena del religioso. Sin embargo, para su sorpresa, éste se limitó a sonreír y afirmar con la cabeza.

—Yo te entiendo, hijo mío —dijo Wilmer.

—¿Cómo dice? —respondió Nash asombrado.

—Poseo la misma... *debilidad* que tú.

—¿Y cómo consiguió dominarla?

El pastor sonrió, divertido.

—No lo hago, no se puede controlar esa clase de deseo

—replicó el religioso—. Pero conozco un lugar donde puedes satisfacerlo. Puedes satisfacer cualquier deseo carnal que tengas, de hecho, y sin ningún tipo de consecuencias desagradables. Con las autoridades, me refiero. Es un auténtico *jardín de las delicias*.

Pero a Nash aquella ciudad no le parecía ningún jardín. Era un lugar gris, caótico, muy distinto de su *America*. Allí prevalecía el orden, la civilización. Jamás se toleraría lo que sucedía de este lado del río Grande. Se dio cuenta de que odiaba este país, sus calles mugrientas y a su gente morena. Deseaba salir huyendo y regresar a su pueblo. Pero su ansia resultó mayor. Así que no se movió de la habitación del motel. Para calmar su mente y matar el tiempo, sacó de su maleta un ejemplar de la Biblia y se puso a leer.

Cuando comenzó a oscurecer sintió hambre. Después de todo lo único que había comido desde la mañana fueron unos tacos grasientos. Compró una hamburguesa en un McDonald's y luego de terminarla se dirigió a la calle Juan Pablo II. Ahí se sentó en una mesa ubicada en el exterior de un bar de mala muerte y pidió una cerveza. Sobre la mesa también colocó un oso de peluche, siguiendo las indicaciones del pastor Wilmer. Supuestamente era una señal y pronto alguien se acercaría a ofrecerle los “servicios” que buscaba. Nash dio un sorbo a la cerveza y esperó.

—Es un oso muy bonito, ¿me lo regalas? —dijo una voz infantil que sobresaltó a Nash.

Al lado de la mesa se encontraba una pequeña niña, de unos 11 años de edad, aunque el vestido rojo con holanes blancos que vestía la hacía parecer aún más joven. Nash la miró perplejo. ¿Así es como funcionaba? Él esperaba que apareciera un tipo siniestro a proponerle una transacción. Jamás se imaginó... *esto*, la creatura más hermosa que hubiera visto en su vida, a pesar de su piel morena.

—*Daddy, can you take me home?* —dijo la niña tendiéndole la mano.

El estadounidense tomó con su mano temblorosa la de la pequeña y se dejó guiar por ella. Caminaron un par de cuadras antes de doblar en un callejón que los condujo a una calle mucho más oscura y solitaria. Gracias a la luz de una luna llena de tonalidades rojizas, Nash pudo observar que los edificios de ahí se veían bastante más ruinosos que en el resto de la ciudad. Debieron ser construidos en la década de los cincuenta, cuando menos, a juzgar por el estilo arquitectónico, pensó, y de inmediato una sonrisa se dibujó en su rostro. No dejaba de ser un agente inmobiliario ni siquiera en aquella situación tan surrealista. Finalmente llegaron a un pequeño hotel. Había un hombre en la recepción que no les prestó la más mínima atención, pues estaba demasiado concentrado mirando Netflix en su celular. Finalmente llegaron a una habitación marcada con el número 8. La niña sacó una llave de un pequeño bolsillo de su vestido y la abrió. Condujo a Nash al interior y nuevamente cerró con llave.

El gringo se paralizó cuando tuvo consciencia de lo que sucedía. Estaba ahí, solo, con una hermosa niña y no tenía idea de qué hacer a continuación. Hasta ese momento no pensaba que aquello podría volverse real. Sólo era un sueño...

—¡Quieto, gringo!

...O una pesadilla. De una habitación contigua emergió una mujer empuñando un revólver. Joven, de veintitantos, cabello corto y negro, de piel morena, bajita. Su expresión de fiera indicaba que no se andaba con juegos. Nash no podía salir de su estupor. Lo había invadido una sensación de irrealidad que le impedía reaccionar de forma racional ante la situación. Sencillamente no creía lo que estaba pasando.

—¡Caite con la feria, pendejo! —exigió la mujer y ante el

pasmo de Nash agregó—: *The fucking wallet, gringo!*

Aquellas palabras finalmente consiguieron hacerlo reaccionar. Sacó su billetera del bolsillo y se lo entregó a la mujer, quien a su vez se la arrojó a la niña. Ésta contó rápidamente el botín. Todo ante la impotente mirada de Nash.

—¡Órale, Nancy! El pinche güero trae buen varo —exclamó con alegría la pequeña—. ¡Son más de cuatro mil dólares!

La pistolera sonrió satisfecha y miró a Nash, quien había adquirido una expresión de profunda indignación. Sin embargo, lo que llamó la atención de Nancy fue el reloj de oro que el estadounidense llevaba en la muñeca izquierda. Nash palideció al captar la mirada de codicia en los ojos de la asaltante. Se trataba de un regalo de su esposa por su décimo aniversario de casados y por tal motivo era uno de sus bienes más preciados.

—*The watch, gringo!* —exigió Nancy señalando el reloj con el cañón de la pistola.

A regañadientes se lo entregó. Nancy sonrió satisfecha. Se habían sacado la lotería con el gringo pervertido. Seguramente podían vender el reloj por una muy buena cantidad con alguno de sus amigos malandros. A los narcos les encantan las cosas de oro, pensó Nancy. Por su parte, Nash no podía contener la indignación por el atraco que estaba sufriendo y, sobre todo, por la humillación de haber sido engañado por una niña.

—*How can you use your daughter for this?*

Nancy lo miró fijamente, con perplejidad y después se echó a reír a carcajadas.

—¡No mames, pinche gringo! —exclamó entre risas—. No te queda eso de andar de santurrón. Ahora resulta que te escama de que la Vicky ande en la maña, pero bien que viniste tras ella para cogértela, pinche marrano.

Y en estas últimas palabras ya no había ni una pizca de humor. Fueron gélidas como una ventisca del ártico. Los ojos de Nancy, en cambio, destellaban cual magma volcánico. Nash dio un paso atrás, asustado, pensando que en cualquier momento le soltaría un tiro.

—Además, Vicky no es mi hija —aclaró Nancy—. La rescaté de un pinche tugurio donde van los marranos como tú a abusar de chavitas como ella. El mismo tugurio donde me prostituyeron a mí hasta que fui demasiado vieja para los pinches pervertidos que no se les para el pito con el cuerpo de una verdadera mujer.

Nash no respondió. No podía, porque no comprendió casi nada de lo que Nancy le había dicho, pero por la expresión de la joven sabía que era alguna clase de reproche. Nancy lo miró con gesto iracundo hasta que recordó lo que estaba haciendo ahí y que estaba perdiendo el tiempo con aquella discusión.

—Ábrele la puerta para que este pinche puto se largue— le indicó a Vicky.

La niña obedeció. Pero Nash aprovechó el segundo en que Nancy se distrajo viendo cómo Vicky quitaba el cerrojo y se lanzó sobre ella. Sujetó la muñeca derecha de la mujer con su mano izquierda y con la otra la tomó su cuello. Una vez que Nash la obligó a soltar la pistola comenzó a estrangularla con ambas manos.

—*Fucking bitch!*—gritó poseído por una furia asesina.

Nancy trató desesperadamente de zafarse de la presa de Nash, manoteando y pataleando, pero sus extremidades eran demasiado cortas como para alcanzar a golpearlo. Rápidamente se fue quedando sin aire y eso mermó sus fuerzas. Su vista comenzó a nublarse. En cualquier momento perdería la consciencia y,

dentro de no mucho tiempo más, también la vida...

Y entonces Nash la soltó. El oxígeno volvió lentamente a sus pulmones y su cerebro comenzó a funcionar otra vez. Lo primero que notó es que algo húmedo y tibio le había salpicado la cara. Lo retiró con los dedos y descubrió que era sangre. Miró entonces a Nash, quien ahora estaba a unos pasos de él. Se sujetaba con fuerza el cuello, pero aun así su mano era incapaz de contener el torrente de sangre que emergía del mismo. Nancy no comprendía lo ocurrido. Observó que el gringo estaba tan perplejo como ella. Volteó hacia el sitio donde él estaba mirando y entonces entendió lo que había sucedido. Vicky sujetaba entre sus manitas un revólver humeante, el mismo que cayó de las manos de Nancy durante el forcejeo.

Nash miró a la niña con incredulidad por varios segundos más y después sonrió.

—*Fucking garden of earthly delights...* —murmuró con voz gangosa antes de desplomarse sin vida.

Luna de sangre

I

Al final, los cazadores matan a los lobos sólo en los cuentos escritos por los hombres.

—Jin-Roh (La brigada de los lobos)

Cuatro camionetas cruzaban a toda velocidad aquella vereda perdida en medio de la sierra pese a lo accidentado de la misma. Bruno, quien dirigía la comitiva, iba sentado en el asiento del copiloto checando el GPS. Ya no faltaba mucho para llegar a su destino: Claridad, un pequeño pueblo habitado por apenas cincuenta personas. Miró a través de la ventana para contemplar el paisaje boscoso, aspirando el aire frío y con fuerte olor a pino. Sonrió. Le encantaban aquellas misiones que involucraban adentrarse en las montañas. Se sentía más afín a aquellos lugares inhóspitos, salvajes, que a la tediosa monotonía de la ciudad. Sus hombres compartían el mismo sentimiento, por ello la demás gente del cártel comenzó a llamarlos *Los lobos de la sierra*, lo cual siempre le había sonado a nombre de conjunto *sierreño* chafa, pero con el tiempo terminó por agarrarle cariño al apodo. Él y sus compañeros eran una auténtica manada, una hermandad forjada con fuego. Por eso eran respetados y, sobre todo, temidos.

Dejó de lado aquellas reflexiones cuando divisó el caserío que se alzaba sobre una colina ubicada en un claro del bosque. Desfundó la Browning de nueve milímetros, cortó cartucho y se preparó para llevar a cabo la misión encomendada. Las cuatro camionetas entraron en la diminuta plaza central del poblado y de inmediato llamaron la atención de los lugareños. No era

habitual ver por esas serranías vehículos de lujo como aquéllos. Pero lo que inicialmente fue curiosidad, pronto se tornó en pánico al ver bajar de ellos a varios hombres armados con rifles de asalto. Eran dieciséis en total, de los cuales cuatro se separaron del grupo y se dirigieron hacia la presidencia seccional.

Bruno y sus tres hombres irrumpieron en la oficina de la máxima autoridad de Claridad. La secretaria que estaba en la recepción fue incapaz de articular palabra, aterrorizada ante la presencia de los siniestros personajes. Los pistoleros la ignoraron y entraron en el despacho de Fabián Moreno, el presidente seccional, y lo sacaron a rastras. Una vez de vuelta a la plaza central, llamaron por un altoparlante al resto de los habitantes (cosa innecesaria pues casi todo mundo ya estaba presente).

—Escuchen bien —dijo Bruno—. Este lugar ya no es de ustedes. Tienen dos días para agarrar sus chivas y largarse a la chingada de aquí. O si no...

Apuntó la Browning a la nuca de Fabián Moreno, quien se encontraba arrodillado frente a él, y disparó. El cuerpo cayó despatarrado a los pies del sicario, al mismo tiempo que se escucharon gritos de conmoción por el asesinato.

—Dos días —repitió Bruno—. En dos días volveremos y mataremos a cualquiera que siga aquí y lo quemaremos junto con el pueblo.

Dicho esto, él y su manada subieron a las camionetas y regresaron por donde habían llegado. La cuenta regresiva comenzó su marcha.

II

Con paso agitado, Lucas se dirigió hacia la vieja choza de adobe ubicada a casi un kilómetro de distancia de Claridad. Sus padres le dijeron que no tenía caso avisarle a don Adolfo sobre la situación. “Es un pinche viejo necio que no oye razones”, le había dicho su padre. Sin embargo, la consciencia del joven lo obligó a ir de todos modos. Alguien debía advertirle del peligro que corría. Después de todo, en la vieja camioneta de su padre había espacio suficiente para llevar otro pasajero. Cuando finalmente llegó ante la puerta de la vivienda del anciano, dudó. El sitio poseía una atmósfera densa e inquietante que le ponía los pelos de punta. No eran sólo figuraciones suyas, pues a otros habitantes de la comunidad les pasaba lo mismo. Inspiraba un temor irracional, primitivo. Sencillamente no les gustaba la cabaña ni su dueño. Por ello solían evitar el lugar y al mismo don Adolfo. Pero una cosa es que no les simpatizara y otra muy distinta abandonarlo a su suerte.

—¡Don Adolfo! —llamó Lucas para evitar tocar la madera reseca de la puerta.

—Pasa muchacho —dijo desde el interior una voz cascada por la edad y el sotol.

Lucas obedeció y cruzó el umbral. El interior era bastante frugal, pues sólo había una rústica mesa de madera y un par de sillas. En un rincón se hallaba un viejo catre cubierto por unas cobijas cochambrosas. En otro, un desvencijado trastero en el que había unos cuantos vasos, platos y tazas de cerámica

desgastada. Además de aquello, había un fogón en el que don Adolfo hervía alguna clase de té de yerbas. Era un experto en plantas curativas, por lo cual la gente de Claridad y los pueblos vecinos solían comprárselas como remedios para los más diversos padecimientos. Incluso fungía como curandero de cuando en cuando, si la enfermedad era de cierta gravedad. Así es como se ganaba la vida. Por ello las malas lenguas decían que en realidad era un brujo.

Quien más difundió dicha idea fue el padre Cornelio, cuando aún iba a dar misa a la capilla del pueblo una vez al mes. Las artes curativas de don Adolfo no le gustaban al cura y por ello no desaprovechaba oportunidad alguna para injuriar al anciano. Esto acabaría tras la muerte del sacerdote luego de un infarto fulminante sufrido en su parroquia ubicada en la cabecera municipal. Dicho suceso sorprendió a todos, pues el padre Cornelio tenía apenas cuarenta años y no se sabía que padeciera del corazón. Por tal motivo corrieron extraños rumores acerca de que se le apareció el Diablo y aquello le ocasionó un susto de muerte. Sea como fuere, después de eso no volvieron a mandar ningún otro sacerdote a Claridad.

Además de curandero, don Adolfo también tenía fama de ser un gran cazador y pescador. No había día en que no hubiera carne de conejo, cócono o venado en su mesa. Aunque lo extraño es que nunca se le había visto empuñando un arma, más allá de un puñal o el hacha con la que cortaba la leña. Era otro más de los misterios que le rodeaban. Tal y como ocurría con su edad y origen. Los padres de Lucas decían que el viejo ya vivía ahí desde que ellos tenían memoria. Su rostro pálido y de tez oscura, así como su cabellera grisácea hacía casi imposible cal-

cular su edad. Por ello nadie sabía a ciencia cierta cuántos años tenía. Lo que era un hecho es que corría sangre india por sus venas, aunque no estaban seguros si rarámuri, pima o yaqui. Y, a decir verdad, la figura de don Adolfo lucía como una escultura pétreo de algún templo prehispánico: dura e incólume.

—¿Qué haces aquí, Lucas?

—Vengo a decirle que se venga con nosotros —respondió el muchacho—. Ayer vinieron unos sicarios a decirnos que si no nos íbamos del pueblo nos iban a matar a todos. Ya se quebraron a Fabián Moreno enfrente de toda la gente. Por eso le pido que se venga con nosotros. Si se queda lo van a matar.

Ante las palabras de preocupación de Lucas, el anciano simplemente sonrió. Aquello desconcertó e inquietó al joven a partes iguales. Jamás había visto sonreír antes a don Adolfo y no tenía ganas de volver a hacerlo. Había algo siniestro en aquel gesto que lo hizo estremecer.

—Te agradezco la preocupación, pero de aquí no me saca nadie, muchacho.

—Pero don Adolfo, escúcheme...

—¡Te digo que no me voy!

La firmeza en la voz del viejo convenció a Lucas de que estaba perdiendo el tiempo, tal y como se lo advirtieron sus padres. Derrotado, se despidió de él y regresó al pueblo para preparar la huida.

—Al menos por mí no quedó —se dijo Lucas para sí.

III

De la noche a la mañana Claridad se convirtió en un pueblo fantasma. Cuando Bruno y su manada regresaron al cabo de los dos días anunciados, no encontraron ni un alma en el pequeño poblado. Una brisa helada era lo único que recorría sus callejuelas y sólo el silencio habitaba sus edificios. La atmósfera lóbrega que se respiraba en el sitio, producto de aquel vacío antinatural, hizo sentir inquieto al sicario. No podía explicarlo. No era la primera vez que “limpiaban” un lugar por órdenes del patrón y jamás experimentó una sensación similar luego de llevarla a cabo. Sin ir más lejos, tan sólo unos meses atrás habían corrido a unos indios de un pueblo similar conocido como Los Arenales. Concluyó que era algo en este pueblucho lo que no le gustaba.

—Revisen todo, no vaya a ser que ande gente escondida tratando de venadearnos —ordenó Bruno.

Ya en otras ocasiones había ocurrido que los pobladores no “cooperaban” con ellos y se resistían a irse. Quizá la tranquilidad que sentía se debía a eso. Ese sexto sentido que lo prevenía del peligro y le había permitido sobrevivir hasta ahora a infinidad de atentados contra él y sus hombres. La manada registró el lugar de cabo a rabo, pero sin éxito. No había nadie por ahí excepto ellos. Hasta los grillos parecían haber huido ante su presencia.

Como ya no había de qué preocuparse, los lobos de la sierra comenzaron a bajar de sus camionetas varias hieleras cargadas de cerveza y carne cruda, así como un par de asadores.

Encendieron el carbón, prendieron un estéreo conectado a un par de descomunales bocinas, en las cuales sonaron con fuerza varios corridos alterados e iniciaron la fiesta. Puesto que debían asegurar la zona hasta el día siguiente, en espera de la llegada del equipo del ingeniero Rivas que se encargaría de la demolición de todos los edificios del lugar, optaron por ponerse una buena borrachera para hacer su estancia ahí más llevadera.

—Pinche gente pobretona —se quejó Diego—. No encontramos nada de valor en sus cuchitriles. Puras teles viejísimas y hasta en la oficina de la presidencia las computadoras son del año del caldo. No entiendo para qué quiere el patrón este pueblo mugroso, no hay ni buena tierra para sembrar.

—No seas pendejo —respondió Bruno luego de comerse de un bocado medio taco de carne asada—. No lo quiere para él sino para una compañía gringa. El pinche secretario que es amigo del patrón fue quien hizo el conecte. Los gringos se establecen aquí y nosotros les damos protección a cambio de una buena tajada. Tú sabes, libre mercado.

El sicario no tenía idea de qué le hablaba Bruno, así que se limitó a empinarse una lata de cerveza para no tener que admitir su ignorancia. Bruno sonrió y no dijo nada más. Diego era hijo de un campesino y con dificultad terminó la primaria, así que era normal que no comprendiera esa clase de conceptos. Él tampoco los comprendía hasta que Claudia, su novia, se los explicó. Había estudiado administración de empresas y sabía bastante de esos términos o al menos eso parecía. Aunque a Bruno le daba un poco igual, porque lo único que le interesaba de ella era tenerla sobre una cama sin ropa. Pinche Claudia, qué buena está —pensó Bruno—. Debí de traerla aquí, de seguro le hubiera

gustado el paisaje. Y sonrió imaginando las piernas de su novia.

El cielo se vistió de terciopelo negro y una luna llena y de tonalidades rojizas se irguió sobre las montañas. Luna de sangre, pensó Bruno al contemplarla. Su abuela solía decir que las lunas rojas como aquella eran de mal agüero. Significa que correrá la sangre, mijito, decía con su voz profunda, de vieja bruja, que siempre impresionó a Bruno cuando era niño. Era una mujer sumamente supersticiosa que soltaba esos cuentos en cualquier oportunidad. Pinche vieja loca, pensó el sicario. Ese recuerdo le hizo experimentar la misma inquietud de antes. No podía dejar de sentir que algo malo estaba por ocurrir. Sonrió. A lo mejor él también era un pendejo supersticioso como su abuela. Para olvidarse de aquello tomó una cerveza y se bebió la mitad de un trago.

La fiesta continuó. El alcohol y la cocaína mantenían a la manada despierta y alegre, indiferente al viento helado que descendía de la sierra y les acariciaba el rostro como si fueran los dedos de un cadáver. Diego apuró el resto de su cerveza y se puso de pie. Le había entrado una urgente necesidad de orinar. Se alejó de la hoguera en torno a la cual estaban reunidos varios de sus compañeros y caminó hacia donde empezaban los árboles, buscando un poco de privacidad. Una vez que estuvo lo suficientemente alejado, se abrió la bragueta y descargó un liberador chorro de orina. Ésta soltó un ligero vapor que llegó hasta su nariz. Al mismo tiempo comenzó a cantar en voz baja la canción de *Mi agüita amarilla* de los Toreros muertos. Una vez concluida la evacuación, se subió el cierre y dio media vuelta para regresar con sus compañeros. Sin embargo, de repente percibió un olor distinto al de su orina. Era un aroma como el del pelaje de

un perro, pero más intenso. Imaginó que tal vez se trataba de una mascota que alguno de los lugareños dejó atrás en su huida. Miró hacia la espesura del bosque tratando de distinguir algo. Tras unos segundos le pareció ver una silueta entre los árboles a unos pocos metros. Se dirigió hacia allá mientras silbaba y llamaba al animal.

—Ven, perrito, perrito.

Repentinamente escuchó un gruñido. Se detuvo. Aquello no era un perro...

El horripilante alarido resonó por todo Claridad, sacando a Bruno y sus hombres del embotamiento producido por el alcohol y las drogas. Con la celeridad del rayo el grupo tomó sus armas y varias linternas y se encaminaron hacia el lugar con presteza, pero en orden, con la disciplina de una unidad militar bien entrenada para, en caso de tratarse de un ataque, no ser sorprendidos. No por nada eran el mejor grupo de sicarios de todo el cártel. Sin embargo, lo único que encontraron fue la pistola de Diego y un gran rastro de sangre que se internaba dentro del bosque.

—¡Esos cabrones debieron agarrarlo con los pantalones abajo! —dijo furioso Bruno—. Y ahora los muy hijos de la chingada se lo llevaron dentro del bosque para venearnos.

—¿Serán los sinaloenses? —dijo Chalo.

—No creo, no operan en esta zona —opinó Pepe.

—No fueron los sinaloenses —dijo el Guacho—. Este cagadero no fue obra de ninguna persona.

—¿De qué hablas? —preguntó Bruno desconcertado.

—No hay ni una sola huella de zapatos por aquí —respondió el Guacho.

Y barrió el área con la luz de linterna para demostrar su afirmación. Era cierto, no había ninguna huella humana. Un escalofrío galopó por la espalda de Bruno, acentuando la sensación de mal presagio que llevaba tiempo experimentando. Levantó la vista y miró la luna. Ahí estaba, manteniendo aquella siniestra tonalidad bermeja. Pinche luna de sangre, maldijo mentalmente.

—Tampoco oímos ningún balazo y no hay casquillos — continuó el Guacho.

—¿Bueno, pero si no fue un güey entonces quién se chingó a Diego?

—Por la zona, debió ser un oso — opinó el Guacho.

Aquella idea le pareció plausible al grupo de pistoleros. Y el hecho que proviniera del Guacho la reforzó aún más. Aparte de ser un ex miembro de las fuerzas especiales del ejército, también era un entusiasta de la caza deportiva. Había ido de cacería tanto a la sierra mexicana como a Estados Unidos e incluso a un safari en África. No obstante, por muy sensata que sonara la opinión de su compañero, Bruno no dejaba de sentir una fuerte inquietud. Tenía el presentimiento de que no se trataba tan sólo de un oso.

—¿Y entonces qué hacemos? — quiso saber Chalo.

—Ir al pueblo y meternos en una de las casas y esperar a que amanezca — dijo Bruno—. Ya con la luz de día será más fácil encontrar el cuerpo de Diego.

—¿Y sí aún está vivo? — preguntó el Guacho.

—¿Tú crees que con este reguero de sangre todavía está vivo?

—No lo sabremos si no lo buscamos.

Y sus palabras sonaron como un desafío. El grupo miró a Bruno esperando su reacción. A pesar de sus esfuerzos por

ocultarlo, su nerviosismo ya resultaba muy evidente. El Guacho fue el primero en darse cuenta y no quiso desaprovechar aquella oportunidad. Había estado esperando el momento adecuado para desplazar a Bruno como el macho alfa de la manada y ese momento finalmente había llegado.

—¿Entonces quieres ir a buscarlo? —dijo Bruno, cortante.

—Nomás agarro mi 30-06 de la troca y en media hora me traigo la cabeza del pinche oso y a Diego, vivo o muerto — dijo el Guacho mirando a su líder fijamente.

Bruno le sostuvo la mirada sin amedrentarse. El dedo de su mano derecha cosquilleando sobre el gatillo de la Browning, atento a cualquier movimiento en falso del Guacho para soltarle un balazo. Éste, a su vez, hacía lo propio con el R-15 que sostenía entre sus manos. El resto de la manada contemplaba con creciente intranquilidad la situación. Parecía que en cualquier momento Bruno y el Guacho se agarrarían a balazos como si fuera un duelo en una película de vaqueros.

—Como quieras —dijo finalmente Bruno, dando media vuelta para regresar al improvisado campamento—. Pero llévate contigo a Chalo y a Pepe para que te ayuden a cargar a Diego... si lo encuentras.

—¡Sí, señor! —dijo el Guacho haciendo un saludo militar para remarcar aún más el tono sarcástico de su voz.

Bruno hizo caso omiso de la provocación. Ordenó a Chalo que lo mantuviera informado por radio y se alejó de ahí. Ya se ocuparía de disciplinar al Guacho cuando regresara. El ex militar, por su parte, sonrió satisfecho por su pequeña victoria y cinco minutos después se encontraba siguiendo el rastro de sangre dejado por Diego. Estaba seguro de que su compañero

estaba muerto. Lo que de verdad buscaba era cazar al oso para demostrar la cobardía de Bruno. No había abandonado el ejército para ser el segundón de otro. Quería demostrar que no sólo era un soldado efectivo, sino también un buen líder que no merecía estar a la sombra de nadie. Sus superiores en el ejército no habían sabido apreciar sus cualidades, pero en el cártel, donde prevalecía la ley del más fuerte, sin duda valorarían mucho mejor a un depredador como él.

Decidió olvidarse de esos pensamientos y concentrarse en la cacería. Los tres sicarios avanzaban perfectamente sincronizados. El Guacho al frente empuñando su rifle calibre 30-06, seguido de Chalo y Pepe, ambos armados con sus R-15. No llevaban encendidas las linternas, en vez de eso, portaban gafas de visión nocturna para poder moverse con facilidad en medio de la oscuridad y así no alertar a la presa. Siguiendo el rastro de sangre pronto dieron con Diego, a poco más de un kilómetro de distancia del lugar del ataque. Se quitaron las gafas de visión nocturna, encendieron sus linternas e iluminaron el cuerpo. Como era previsible, estaba muerto. El cadáver estaba recargado en la base de un árbol. Tenía la garganta destrozada, de tal forma que la cabeza le colgaba parcialmente cercenada del tronco. Una visión pavorosa que, sin embargo, no inmutó a los curtidos pistoleros.

—Chale, pobre cabrón —fue lo único que atinó a decir Chalo.

Por su parte, el Guacho trataba de encontrar el rastro del oso para continuar con la cacería. Miró en torno a la zona donde la bestia había abandonado el cadáver de Diego, pero sin encontrar nada útil. El suelo estaba cubierto de pasto, por ello no

se había marcado ningún tipo de huella. Finalmente notó unos tallos rotos en medio de la maleza y se dirigió ahí. Se acercó lentamente apuntando al frente con el 30-06. Entonces lo vio. Aquello no era un oso.

Chalo y Pepe, ocupados con el cadáver de su compañero, se sobresaltaron al escuchar el estruendo del rifle del Guacho. Voltearon hacia el lugar donde estaba su compañero sólo para ver cómo una enorme sombra saltaba de entre los árboles y caía sobre el ex militar, quien no tuvo tiempo ni de gritar antes de que la dentellada de aquel monstruo le destrozara el cuello. Pepe abrió fuego para tratar de acabar con el engendro, mientras Chalo perdía los nervios y huía despavorido del sitio, abandonando a sus compañeros. En su desenfundada carrera escuchó el último grito de agonía de Pepe...

Bruno había estado pendiente de la radio, esperando el informe de sus hombres sobre el progreso de la misión. Tras escuchar el sonido de varios disparos llegó una transmisión a su *walkie-talkie* que le heló la sangre:

—¡Están muertos! Necesito re... pinche monstruo... mató a to...

Después de eso sólo escuchó estática.

En el campamento se hizo un silencio denso, absoluto, en el que casi se podían oír los vertiginosos latidos del grupo de sicarios que aún continuaban con vida. Desconcertados y aterrados por aquella situación inédita para ese grupo de hombres duros, fieros, supuestamente desalmados que, sin embargo, ahora parecían un grupo de niños aterrorizados por la oscuridad. Bruno supo en ese momento que sus presentimientos eran ciertos y que *algo* los había estado acechando desde que llegaron a ese

maldito pueblo. No eran los lugareños tratando de defender sus tierras; tampoco un grupo rival. Era algo más, algo oscuro, maligno. Levantó la vista para contemplar una vez más la luna de sangre.

Entonces un pavoroso aullido resonó por todo el lugar. Tuvo la certeza que aquel espeluznante sonido no pertenecía a ningún ser de este mundo. Debían huir de ese infernal sitio, o si no, todos morirían. Así se lo hizo saber a sus hombres, los cuales no se lo pensaron ni un segundo y abordaron a toda prisa a las camionetas, para después salir a toda máquina de ahí.

Los vehículos iban en una sola fila pues la estrecha vereda no permitía otra cosa. A causa de la gran velocidad a la que viajaban no alcanzaron a ver los troncos que bloqueaban el camino. Fue demasiado tarde para frenar. Las camionetas chocaron entre ellas. Bruno quedó bastante aturdido por el accidente. No reaccionó sino hasta que escuchó el horripilante alarido de muerte de uno de sus hombres al mismo tiempo que el estremecedor rugido de la bestia que lo había atacado.

Los faros de las camionetas producían un claroscuro en aquella vereda y esto le permitió contemplar parcialmente a la criatura. Era un ser cuadrúpedo, de pelaje espeso y grisáceo, de orejas puntiagudas y largo hocico, con unos colmillos tan grandes que daban la impresión de ser capaces de masticar el acero, y unas zarpas afiladas como cuchillas. Podía pasar por un perro o un lobo gigantesco.

El indescriptible horror experimentado por Bruno a causa de aquella espantosa visión, ocasionó que tratara de abrir la portezuela de la camioneta con desesperación, pero le resultó

imposible. Ésta se había atorado por culpa del choque. No tuvo más remedio que salir a través de la ventanilla, cortándose los brazos y el abdomen con los restos del cristal que quedaron en ella tras el accidente. Una vez libre, se alejó corriendo del lugar, sin importarle dejar atrás a sus compañeros, su manada, en las garras de aquella aberración salida del mismísimo averno. Corrió y corrió sin mirar atrás, ignorando los continuos estruendos de los balazos que indicaban la última resistencia de alguno de sus compañeros antes de ser masacrado por el espectral cánido que los cazaba poco a poco, uno a uno. El sicario siguió alejándose hasta que dejó de escuchar los hórridos gritos que daban aquellos hombres que consideraba sus hermanos, justo antes de exhalar su aliento final. Corrió hasta que las piernas no dieron más de sí, cuando sintió la garganta ardiéndole y el pecho a punto de estallar. Finalmente, cayó de bruces. Exhausto.

De forma penosa se arrastró hasta el tronco de un árbol y como pudo se recargó en él. Había conseguido escapar. Pensó entonces en sus hombres y en el espantoso destino que habían tenido. Comenzó a llorar. Se recriminó su cobardía y el no haberse quedado a su lado, para morir con ellos, como un hombre.

Sin embargo, no pudo continuar con aquellos reproches. Frente a él, salido de la nada, apareció el monstruoso lobo. Bruno lo contempló completamente aterrorizado. Sabía que estaba mirando cara a cara a la muerte. Pero lo que encontró más horroroso de aquella criatura es que pudo percibir un brillo de inteligencia en sus ojos. No era un ente irracional dominado por los instintos, sino un ser pensante, con plena consciencia de lo que hacía. Aquel fue su último pensamiento antes de que la bestia se arrojara contra él.

IV

A la mañana siguiente, cuando el ingeniero Rivas y su equipo iban de camino a Claridad supieron que algo malo había ocurrido. Primero se toparon con varios árboles arrancados de raíz bloqueando la vereda y tres camionetas accidentadas. En éstas había rastros de sangre, pero no lograron encontrar a ningún ocupante. Sin embargo, lo que más intranquilidad generó en el grupo de obreros fue que los vehículos presentaban varias marcas de cuchillas que habían cortado la carrocería como si fueran de papel. Gracias a la maquinara que traían lograron desbloquear la vía y continuaron hacia su destino sin saber el horror que los aguardaba ahí.

En la plaza del pueblo encontraron dieciséis cuerpos destrozados, apilados unos sobre otros y frente a ellos, tallado en el suelo adoquinado un breve mensaje: “Fuera de mi territorio”. Rivas reconoció a aquellos hombres y supo que debían irse de inmediato de ese lugar.

El gobierno del estado envió una unidad de la policía estatal de investigación, acompañados de un destacamento del ejército. Trataron el asunto como un enfrentamiento entre bandas rivales por el control de la zona y las extrañas marcas en los cadáveres las atribuyeron a la acción de animales carroñeros. Esa se convirtió en la versión oficial.

Las indagaciones periodísticas, por su lado, encontraron explicaciones alternativas del caso. En primer lugar, una entrevista a un lugareño, de nombre Adolfo Benavides, arrojó una

versión bastante “colorida” de la causa de la masacre. El anciano dijo que todo fue obra del “guardián del bosque”, que se encargaba de ahuyentar a los invasores de su territorio. Evidentemente el reportero no dio crédito a aquella declaración fantástica, pero debido a que no tuvo nada más que publicar ese día, terminó imprimiéndose.

Ahí hubiera quedado el asunto, de no ser porque un ocioso con buena memoria recordó que, en ese mismo municipio, sólo que veinte años atrás, ocurrió un caso similar. Una banda dedicada a la tala ilegal fue masacrada en misteriosas circunstancias. En ese entonces las muertes se atribuyeron al ataque de un oso y se cerró el caso. Pero al escarbar un poco más en la hemeroteca se descubrió que a lo largo de las décadas habían sucedido numerosos hechos de sangre similares. No obstante, lo que terminó de afianzar la idea de un monstruo misterioso merodeando por la sierra fue la filtración de la autopsia del grupo de sicarios, revelando que no murieron por arma de fuego sino a causa de alguna clase de ataque animal.

A la compañía estadounidense no le gustó aquella publicidad, por lo cual desistieron de establecer su operación en la zona. Los residentes de Claridad prefirieron no regresar por miedo al monstruo que había matado a aquellos hombres, ocasionando que el sitio se convirtiera en un pueblo fantasma. Únicamente se aventuraban por ahí los aficionados a la criptozoología buscando probar aquella leyenda, sin ningún tipo de éxito. Aunque algunos de estos entusiastas afirmaron que durante las noches de luna llena llegaron a escuchar los tenebrosos aullidos de un lobo en la lejanía.

**Mejor cuéntame
una de vaqueros**

I

*Mi mujer guerrera se ha puesto a llorar y a gemir... “Te dije que volverías”, suspira. “Te dije que este era tu lugar, idiota”. Fui un tonto. Pensé que existía un mundo mejor allá afuera. Creí que podría ser parte de él.
Me equivoqué en todo.*

Frank Miller

Regresó a casa después de seis frustrantes horas de clase. Ese día sus alumnos estuvieron particularmente insoportables. Arrojó su maletín en algún rincón de su diminuto apartamento, se dirigió al refrigerador y de su interior sacó una lata de cerveza que sobrevivió a la peda del pasado fin de semana. Era lo único que había. Se sentó en la mesa de la cocina y se bebió media lata de un trago. Miró con desagrado los trastos sucios apilados en la tarja, cubiertos por una marabunta de pequeñas hormigas carroñando las sobras de comida. Gruñó. El desgraciado de Adrián, su *roomie*, se olvidó de lavarlos otra vez. O más bien le valió madre, pensó Julio.

Se levantó y abrió el grifo, dejando que el agua arrastrara al ejército de diminutos insectos hacia el desagüe. Una vez se deshizo de ellos, tomó su cerveza y apuró el resto, satisfecho. Acto seguido sacó su cartera para saber su situación financiera. Aún le quedaba un billete de cien pesos y algo de morralla. Con eso debía sobrevivir el resto de la semana.

Salió del apartamento y se dirigió a la esquina a comprarle a don Beto unos burritos de origen bastante cuestionable, pero por los ocho pesos que costaban cada uno bien valía el riesgo. Don Beto era un septuagenario que a diario ponía una

mesa plegable, una silla de plástico, una hielera y una enorme sombrilla para protegerse del sol. Era jubilado, según le contó en alguna ocasión, pero recibía una miseria de pensión y por ello se vio en la necesidad de realizar aquella actividad. Julio se dijo que al menos tenía una pensión. Yo no tengo tanta suerte, pensó con amargura. Le compró uno de chile con queso y otro de carne deshebrada, o al menos algo que se le parecía bastante, y regresó a su casa.

Mientras comía sus magros alimentos revisó su canal de YouTube en el celular. Su último video, un tutorial sobre cómo realizar la edición de un video, no llegaba ni a las mil vistas. Si seguía así no iba a poder monetizar su trabajo en la plataforma. Se preguntó por qué otros *youtubers* que se limitaban a grabarse con su celular tenían mucho más éxito que su contenido realizado con una producción infinitamente más profesional.

No era así como imaginó su vida al terminar la carrera. Con una licenciatura en comunicación, a los veinticinco esperaba estar cursando un máster en cine en la UNAM o en alguna escuela del gabacho para convertirse en el próximo Alfonso Cuarón. En cambio, malvivía como profesor hora-clase en una escuela privada que cobraba una millonada a sus alumnos y daba sueldos miserables a sus empleados; era un *youtuber* fracasado y debía compartir un ínfimo apartamento con un diseñador gráfico que trabajaba en un *call center*.

Ni siquiera había conseguido ahorrar los diez mil pesos necesarios para grabar el cortometraje que tenía proyectado. Su esperanza radicaba en filmarlo y después meterlo al circuito de festivales de cine con la esperanza de hacer despegar así su carrera como cineasta.

—Puros pinches sueños guajiros.

Después de comer se fue a su cuarto, prendió su laptop y se puso a mirar un video en YouTube sobre un supuesto Hombre lobo en la sierra de Chihuahua. Últimamente, mirar videos como aquél era su único entretenimiento ya que no podía costear Netflix ni ninguna otra plataforma de streaming. Suspiró. Si no encontraba pronto una forma de ganar más dinero tendría que regresar a casa de sus padres, perdiendo así la preciosa independencia que tanto le costó obtener.

Tres horas después decidió que era suficiente descanso y se puso a preparar las clases del día siguiente. Aquello le tomó alrededor de dos horas. Luego tocó realizar las planeaciones pendientes. Debía entregar una planeación semanal y cinco más para cada día de la semana. Un papeleo inútil exigido por la Secretaría de Educación. En opinión de la directora de la escuela, era la forma en que la dependencia simulaba mejorar el nivel académico.

Mientras trabajaba llegó Adrián, su compañero de apartamento. Julio salió de su habitación para reclamarle por no lavar los platos y lo encontró en la cocina acompañado de otros tres sujetos. Sobre la mesa había una charola de veinticuatro cervezas, dos bolsas tamaño familiar de papas fritas y varios vasos de sopa instantánea. Al parecer pensaba hacer una nueva peda a pesar de ser media semana.

—¡Quihubo, güey! Llegó la cena así que llégale —dijo refiriéndose a las sopas instantáneas.

—No lavaste los trastes —dijo Julio.

—Mañana los lavo, no te preocupes.

Eso significaba que no iba a hacerlo. Se dio por vencido. Preparó una de las sopas, tomó una cerveza y regresó a su habitación a terminar las planeaciones.

II

Julio prácticamente huyó de la escuela en cuanto terminó su jornada laboral. Se dirigió a la esquina donde tomaba el transporte público, pero a tan solo una cuadra de su destino fue interceptado por una mujer. Era una muchacha delgada como fideo, de metro sesenta, piel morena, cabello negro y de rasgos duros, pero atractivos. Dos cosas llamaban la atención de ella: la primera era su mirada fiera, de guerrera amazona; la segunda, la pistola nueve milímetros que apuntó hacia la cara de Julio. Antes de poder reaccionar fue arrastrado al interior de una furgoneta aparcada al lado de la acera, en cuyo interior había otro sujeto al volante. Una vez dentro, el vehículo arrancó y se alejó de ahí a toda velocidad.

El miedo le impidió emitir palabra alguna. Tampoco había mucho qué comentar. Por los periódicos y noticiarios estaba consciente de qué ocurría cuando secuestraban a una persona de la forma en cómo le sucedió a él: no se volvía a saber de ella. Semejante idea lo desmoralizó tanto que comenzó a llorar. Su vida era una mierda, pero deseaba seguir viviéndola. Ya no filmaría su cortometraje; ya no se cogería a su compañera Karla, la maestra de matemáticas que le hacía ojitos; ya no conocería las calles de Nueva York donde Scorsese filmó algunas de sus grandes películas...

Tan absorto estaba en sus lamentaciones que no se dio cuenta cuando llegaron a su destino. Lo bajaron de la furgoneta y lo arrastraron al interior de una casa. Era un lugar construido con un estilo arquitectónico *avant garde*, con muebles de elegan-

te estilo minimalista, que le recordaron la escenografía de una película de ciencia ficción de los años setenta, de esas en las que parecía que el director se metió mucho LSD antes de comenzar a filmar. Todo el lugar respiraba un aire de artificialidad que lo descolocó por completo. En su cabeza se imaginó terminar en un lugar sórdido y oscuro, como una bodega o un despoblado. ¿Estaría soñando? Era posible, sólo así se explicó lo absurdo de la situación. A punta de pistola lo condujeron hasta el jardín trasero de la vivienda desde donde le llegó el vago rumor de una canción de reguetón y el inconfundible aroma de carne asada. Al cruzar la puerta-ventana que separaba el interior del exterior de la casa, distinguió una alberca donde nadaba una atractiva muchacha y a un lado, frente a un asador, estaba un individuo vestido con un conjunto deportivo azul cielo de la marca Adidas. Al ver a Julio se encaminó rápidamente hacia él.

—¡Qué pedo, pinche Julio!

La familiaridad de aquel saludo, lejos de tranquilizarlo, sólo logró aumentar su espanto. ¿Cómo sabían su nombre? ¿Por qué lo habían traído a ese lugar? En ese momento el sujeto del conjunto deportivo se dio cuenta de que Julio estaba siendo encañonado.

—¡Pinche Betty! Te dije que invitaras a Julio a mi casa no que lo secuestraras.

—Se lo traje como me pidió y eso es lo que importa, ¿o no, patrón? —dijo la aludida con despreocupación al mismo tiempo que retiraba el cañón de su pistola de los riñones de Julio. El sujeto del conjunto deportivo movió la cabeza de un lado a otro con desaprobación.

—*Sorry*, güey, mi gente es medio bruta, pero en el fon-

do son buenas bestias —se disculpó para luego extenderle la mano—. Me llamo Kevin, Kevin Carrasco.

Julio la estrechó de forma mecánica, sin entender aún nada de lo que pasaba. Kevin lo condujo hacia una mesa de jardín con sombrilla, le ofreció una cerveza y un plato con un corte de carne asada. Como aún tenía el miedo bien metido en el cuerpo no se atrevió a rechazar nada.

—Antes que nada, quiero decirte que soy un gran fan de tus videos —explicó Kevin entusiasmado—. He seguido varios de tus consejos cuando subo fotos a mi Instagram y gracias a eso me quedan mucho más chingonas.

¿O sea que este loco es un seguidor de mi canal?, pensó atónito Julio. Tengo apenas mil y pico de seguidores en YouTube y uno tenía que ser un maldito delincuente. Porque estaba seguro que eso era: un criminal, un narco. A la tal Betty se le notaba que no era la primera vez que secuestraba a alguien y portaba la pistola con una naturalidad que sólo otorga una larga experiencia.

—La verdad es que yo también soy *influencer* —continuó Kevin.

Sacó su celular y se lo alargó a Julio después de iniciar la aplicación de Instagram. La fotografía de perfil era de él sosteniendo un cuerno de chivo. Eso no le sorprendió en absoluto, lo que lo dejó atónito fue la cantidad de seguidores de la cuenta: cerca de un millón y medio. Exploró un poco las fotografías de Kevin y se encontró una infinidad de él presumiendo su riqueza: autos deportivos, joyas, ropa, fiestas, viajes... era como la versión masculina y *gangsta* de las Kardashian. Julio sonrió. Su “anfitrión” pensaba que eran iguales, pero no había ni punto de comparación. Le devolvió el teléfono.

—Pues te felicito, se nota que te va muy bien —dijo Julio.

—Sí, al Instagram le agarré el modo hace rato —dijo Kevin—. Y ahora quiero entrarle a YouTube, por eso te mandé llamar.

Secuestrarme más bien, pensó Julio. No entendía qué tenía que ver él con sus aspiraciones de estrella del Internet.

—Sí —continuó Kevin como leyéndole la mente—. Quise seguir tus consejos para editar videos, pero la mera neta estoy bien pendejo para ese jale. Entonces me dije: “Kevin bebé, por qué chingados batallas teniendo al experto viviendo en tu misma ciudad”.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme?

—Por tus redes sociales fue muy fácil dar contigo —explicó Kevin de forma despreocupada y un escalofrío galopó por la espalada de Julio—. En fin, el caso es que quiero contratarte para que me ayudes con mis videos. Te prometo que te pagaré muy bien.

Julio permaneció en silencio analizando la propuesta. El sentido común le gritó que saliera corriendo de ahí, pero al mismo tiempo se preguntó si rechazar a Kevin era siquiera una posibilidad. Para como se manejaba esa gente tal vez si decía que no le meterían un tiro en medio de los ojos y terminaría encobijado en la carretera a Aldama o en una fosa clandestina. Por otra parte, estaba desesperado por mejorar su precaria situación económica y la propuesta resultaba tentadora. Sólo bastaba mirar a su alrededor para darse cuenta que a Kevin le sobraba el dinero. Y pensándolo bien, no tenía por qué preocuparse pues no le estaba pidiendo nada ilegal sino algo para lo cual se supone que estudió.

—Se arma, *bro*. —dijo Julio.

—¡Así se habla! —dijo Kevin con entusiasmo.

En ese momento la muchacha que estaba en la piscina se acercó, besó apasionadamente a su nuevo patrón y le dedicó una mirada de curiosidad a Julio con sus preciosos ojos verdes. Era castaña, piel bronceada, cuerpo escultural y un precioso rostro digno de una portada de Vogue. Kevin los presentó. Así supo que su nombre era Natalia Miraflores y por alguna razón el nombre le sonó conocido.

—Aquí mi compa el Julio es un experto en eso del YouTube y me va a hacer paro para volverme una estrella ahí —le explicó Kevin a su novia.

—Ay, mijo, pero si ya eres bien famoso, si hasta tienes tu propio corrido.

—Un pinche corrido balín hecho por una banda sina-loense de Los Ángeles que no conocen ni en su casa —se quejó Kevin—. Eso de los corridos es para viejos, morra. Antes era señal de fama, pero ahora cualquiera paga para tener el suyo y por eso ya no son especiales. Lo de hoy es ser *influencer* en las redes sociales: Facebook, Instagram, Twitter, YouTube... así es como se sabe que uno es famoso, por el número de seguidores.

Le dirigió una mirada a Julio como pidiendo apoyo y éste se limitó a asentir. Natalia, superada en número, se limitó a besarlo de nuevo para dar por zanjada la discusión. Julio, por su parte, se preguntó qué clase de narco era Kevin. ¿En su negocio no era mejor el anonimato?

III

Los siguientes meses fueron de muchos cambios para Julio. Con su nuevo sueldo dejó la docencia, se consiguió un nuevo apartamento para él solo y hasta le alcanzó para comprar un auto de medio uso. Al principio le preocupó el tener problemas por no poder explicar el pago por sus servicios ante Hacienda, pero Kevin envió a un contador que le explicó que se le pagaría a través de la empresa Transportes Fuentes S.A de C.V. por concepto de asesoría técnica. De esta forma su salario sería perfectamente legal. A Julio le quedó claro que detrás de todo aquello había una operación de lavado de dinero.

Además, fue familiarizándose con el entorno de Kevin Carrasco. Su novia, Natalia, resultó ser una ex Miss Chihuahua (por ello le resultaba conocido su nombre), hija de gente importante de Ciudad Cuauhtémoc. Además tenía un séquito de tres guardaespaldas: el *Cacarizo*, un tipo alto y enjuto como garrocha, el cual recibía dicho apodo a causa de las cicatrices de un acné crónico que debió padecer en su adolescencia; el *Reno*, un tipo alto, fornido y con bigotes de revolucionario villista; por último, estaba Betty la fea. La llamaban así no por su apariencia sino por ser una sicaria bastante sanguinaria. Al menos es lo que le contó el Reno a Julio. Y vaya que su presencia resultaba inquietante. Mientras los otros dos matones le seguían la corriente a Kevin en su vida de excesos, bebiendo litros y litros de alcohol e inhalando montañas de cocaína, Betty permanecía siempre en un segundo plano, vigilante, observando todo sin expresión alguna en su ros-

tro. A veces más que una persona parecía una estatua de bronce: sólida, inamovible, inhumana.

Convertir a Kevin Carrasco en un *youtuber* exitoso resultó una tarea sencilla. Julio se limitó a hacer en el canal de YouTube lo que su patrón ya hacía en Instagram: una impúdica exhibición de derroche y frivolidad. Por supuesto, los seguidores llegaron a montones.

Cuando le llegó a Kevin su *Botón de Oro* (el reconocimiento que da YouTube a un canal al alcanzar la mágica cifra de un millón de suscriptores), armó una fiesta en grande. Comida, alcohol, drogas, *escorts* y hasta un famoso cantante de banda, a quien meses atrás le habían congelado sus cuentas bancarias al estar siendo investigado por vínculos con el crimen organizado en Estados Unidos, se presentó a amenizar la celebración. En ella se dieron cita *la crème de la crème* de la sociedad chihuahuense: hijos de políticos y empresarios, miembros de la farándula local y hasta una que otra celebridad nacional.

Julio, sin poder superar el azoro por aquella reunión de tan altos vuelos sociales, permanecía apartado en un rincón. Para un tipo de clase trabajadora como él toda esa pompa lo hacía sentir en otro planeta. Incluso el whisky importado de mil dólares la botella que le sirvieron en la barra le sabía extraño.

—¿Por qué tan solo? —dijo alguien a su lado.

Sobresaltado miró a la persona que le habló. Era Betty. A diferencia del Cacarizo y el Reno, quienes se vistieron de saco y corbata, ella vestía con playera blanca, pantalones de mezclilla y una chaqueta de cuero negro. Bajo ésta, Julio pudo adivinar la pistola metida en la funda sobaquera. No festejaba, estaba de servicio como siempre.

—Pues porque esta fiesta es para puro *fifi* y pues uno es perro corriente cruzado con de la calle —bromeó Julio.

Betty sonrió. Era la primera vez que la veía expresar una emoción. No obstante, Julio prefería su habitual hieratismo, pues encontró su sonrisa muy inquietante. Había algo animal y malévoló en ella. Era como una loba a punto de devorar una presa. Aunque quizás lo más perturbador de todo es que le fascinaba esa sensación. *La seducción del Mal* creo que lo llaman, pensó Julio.

—¿Quieres irte a otro lado? —dijo Betty de pronto, sacándolo de sus pensamientos.

Fue incapaz de responder a causa de la sorpresa. Betty no le dio tiempo de rehusarse pues lo tomó del brazo y lo jaló fuera del salón donde se desarrollaba la fiesta. Éste se encontraba en el último piso de un lujoso hotel ubicado al norte de la ciudad. Como Kevin rentó las últimas tres plantas del hotel, tenían a su disposición un buen número de habitaciones. Betty lo condujo a una de las suites. Una vez dentro prácticamente le arrancó la ropa a Julio y se le fue encima con un ímpetu predador.

IV

Poco a poco fue recuperando el aliento y la cordura. ¿Qué fue aquello? No se parecía al sexo, al menos no al que había tenido hasta entonces. Fue más como un holocausto, no en nombre de Dios, ningún dios, sino de alguna otra entidad indefinida, maligna. Un acto tan sacrílego como placentero.

Después, el silencio.

La ausencia de sonido era tan densa que Julio creyó estar en medio del vacío del espacio exterior donde, como reza una enloquecedora sentencia cinematográfica, nadie te puede escuchar gritar.

—¿Y Kevin es un narco muy pesado? —dijo Julio, por decir algo, incapaz de soportar un segundo más el silencio que se apoderó de la habitación.

—Kevin es un junior pendejo.

Aquella brusca respuesta lo sorprendió. Aunque sus modos siempre eran rudos, nunca había escuchado a Betty referirse a su patrón de forma tan despectiva e irrespetuosa.

—¿Qué quieres decir?

—No es narco, es sobrino de alguien importante del Cártel del Norte —explicó Betty—. A su papá lo mataron cuando él era un bebé de brazos y por eso desde entonces lo cuida uno de sus tíos, pero jamás ha formado parte del negocio. Es un inútil que lo único que sabe hacer es andar de pachanga y tomarse fotos con el celular. Por eso lo corrieron de todas las escuelas en las que estuvo.

Su tono de voz era monocorde, indiferente, como si leyera en voz alta la lista de compras. Calló. La oscuridad le impedía ver su rostro, pero sabía que incluso si pudiera distinguir sus facciones, los pensamientos de Betty seguirían resultándole igual de impenetrables.

—¿Y te pagan bien por cuidar a Kevin?

—Es más bien un castigo. Hice... *cosas* en el gabacho y ya no puedo volver para allá a menos que quiera terminar con una inyección letal en el brazo. Así que terminé de nana del pendejo de Kevin.

—¿Qué cosas hiciste?

—No quieres saber, créeme.

Y era verdad. No quería saber nada de aquel mundo. Estaba viendo los toros desde la barrera y eso era suficiente. No tenía ninguna necesidad de saltar al ruedo. Pero era un imbécil curioso.

—Y llevas mucho tiempo en este jale.

—Con Kevin como un año y como sicaria unos ocho, más otros cinco de halcón cuando estaba bien morrita.

—Pues si sigues haciendo buen jale igual y un día te conviertes en la mera-mera, — dijo Julio—. Algo así como “Betty, la Reina del Norte”.

Betty soltó una carcajada. Fue un ruido seco y amargo. Julio se estremeció.

—Así no es el pedo, morro, eso nomás pasa en las series y las películas —dijo Betty—. La raza como yo no llega tan alto. No me apellido Carrasco. A lo más que aspiro es a vivir bien todo lo que pueda antes de que alguien me llene de plomo... si bien me va.

—Eso suena muy culero —dijo Julio—. ¿Y nunca has deseado algo mejor que esa vida?

—Pues ahora vivo en la gloria comparado a como vivía antes —dijo Betty—. Mi jefe era un pinche borracho que siempre le pegaba a mi jefa, a mis hermanos chicos y a mí. Cuando era morrita lo único que quería era ser grande para matar al hijo de la chingada.

—¿Y... sí lo mataste? —dijo Julio conteniendo la respiración.

Betty resopló con disgusto.

—No —respondió—. Un día fui con mi gente y le dimos una putiza, pero a la hora de darle en la madre... me tembló el pulso. Ha sido la única vez. Nomás me llevé a mi jefa y a mis hermanos y le dije que si se volvía a acercar a ellos no la iba a contar.

Julio guardó silencio.

—Con mi jale le pude comprar una casa chingona a mi jefa y les pago la escuela a mis hermanos para que sean gente de bien y no terminen en la maña como uno —continuó Betty—. Aunque no creas, a veces me gustaría juntar una buena feria e irme a vivir a una isla del Caribe, lejos del pendejo de Kevin y de toda esta mierda. Pero la gente del cártel no me dejaría hacerlo. La única forma de salirme de este pedo es con los pies por delante —sentenció con tono amargo.

De pronto se preguntó por qué Betty le contaba todo aquello siendo normalmente tan hermética. Tuvieron un muy buen revolcón, pero fue un acto puramente instintivo, carente por completo de ternura, por lo cual no resultaba lógico pensar en algún tipo de cercanía emocional a raíz del mismo. Concluyó que simplemente Betty no lo consideraba una amenaza y que

era demasiado cobarde para contarle a alguien lo escuchado esa noche. Y es la pura verdad, pensó Julio. Pero también descubrió que Betty no era tan inhumana como pensaba. De cierta forma no era tan diferente de él. No era el Mal, sólo otra infeliz superada por las circunstancias de la vida tratando de sobrevivir como mejor podía.

Se durmió masticando dicha idea en su cabeza.

V

Lo despertó el sonido de una escandalosa canción de banda. Era el celular de Betty, la cual contestó de forma mecánica. Debió recibir malas noticias a juzgar por su reacción. Se puso de pie de un salto, encendió la luz, se vistió a toda velocidad y salió como rayo de la habitación. Intrigado, Julio la imitó. En el pasillo fuera de la suite, encontró una sola puerta abierta, así que se dirigió ahí. Al cruzar el umbral lo primero que vio fue el cuerpo desnudo de Natalia Miraflores tendido en el piso con un tiro en el pecho y un charco de sangre bajo ésta. En un rincón se encontraba Kevin, hecho un ovillo, sollozando y murmurando algo ininteligible. A sus pies la pistola bañada en oro y cachas de marfil que le había visto en otras ocasiones. Betty lo interrogaba intentando determinar lo sucedido. Al igual que Julio, el Cacarizo y el Reno estaban a la expectativa. Finalmente, la sicaria desistió, pues Kevin estaba demasiado drogado y era improbable que dijera algo coherente.

—¿Qué hacemos? —dijo el Reno.

—Lo primero es comunicarse con el gerente del hotel para que no haga preguntas y este pedo no salga de aquí —dijo Betty—. Tú encárgate de eso, Reno, y luego agarra a Kevin y llévatelo para la casa. Y tú —agregó dirigiéndose al Cacarizo—, deshazte del cuerpo.

Los matones pusieron manos a la obra al instante. Betty le dio varias indicaciones al Cacarizo. A Julio le llamó la atención lo específica que fue a este respecto, pues quería que

arrojaran el cadáver al sur de la ciudad, en un sitio no muy descubierto ni muy oculto. Una vez concluida aquella conversación, revisó con la vista la habitación hasta dar con lo que buscaba. Se encaminó hacia una mesita donde encontró el bolso de Natalia, lo esculcó hasta hallar el celular de ésta.

Tomó el resto de las pertenencias de la muchacha (vestido, zapatos, joyas) y ordenó a Julio que la acompañara.

Bajaron al estacionamiento y Betty le entregó a Julio la llave de una camioneta *Escalade*. Por esa ocasión sería su chofer. Le indicó que se dirigiera al sur. Durante todo el trayecto no le dijo ni una palabra y se concentró en el teléfono de Natalia. Por lo poco que pudo ver, Betty intercambiaba mensajes con alguien. En el trayecto comenzó a clarear y cuando llegaron a su destino ya había amanecido por completo.

Betty le ordenó orillarse. Bajó la ventanilla y a través de ésta arrojó las cosas de Natalia a un bote de basura. Una vez concluida la operación le indicó que tomara rumbo a la casa de Kevin. Después, la sicaria regresó a su mutismo.

—¿Qué fue todo eso? —dijo Julio luego de un rato, incapaz de soportar un segundo más aquel silencio incómodo.

—Algo para desviar la atención de Kevin.

—¿Para qué no lo investigue la policía?

—La bronca no es la chota, esos cabrones no se meten con uno —dijo Betty—. Es la familia la que siempre la caga, ellos sí se ponen a investigar y les di con qué entretenerse.

Llegaron finalmente a casa de Kevin. Julio estacionó la camioneta en la cochera y pidió un Uber para regresar a su hogar. Pero antes de irse Betty le dijo algo que le heló la sangre: “Te

portaste bien, morro, ahora ya eres de nuestra gente”.

No respondió nada, sólo subió al vehículo y se marchó de ahí.

En los días posteriores pudo reconstruir todo el incidente gracias a lo que le contaron el Cacarizo y el Reno y a lo publicado por la prensa. Después de la fiesta, Kevin y Natalia se fueron a su suite, pero continuaron bebiendo y drogándose. Aparentemente a Kevin le pegó tan fuerte que comenzó a alucinar con el Diablo. Aterrado tomó su pistola y disparó contra éste, quien en realidad era su novia. A partir de ese punto entró el plan improvisado de Betty. Durante el viaje que ella y Julio hicieron al sur de la ciudad tras encontrar el cadáver, la sicaria se hizo pasar por Natalia y mandó varios mensajes a su familia y amigos, indicando que se peleó con Kevin, para luego abandonar el hotel y finalmente tomar un taxi. Después los alertó sobre la actitud sospechosa del conductor quien de repente tomó una ruta diferente a la indicada por la pasajera. Tras ello cesaron los mensajes. Esto provocó una enorme movilización mediática en las redes sociales alertando de la desaparición de la joven, cuyo cuerpo sin vida sería localizado horas más tarde.

El caso provocó conmoción e indignación en la opinión pública. Los tres niveles de gobierno recibieron severas críticas, tanto por periodistas, políticos de oposición, como por la gente de a pie, sobre la imparable inseguridad del país. Grupos feministas organizaron varias movilizaciones exigiendo justicia para Natalia. Todo dio un giro inesperado cuando un taxista se presentó en las oficinas de la fiscalía del estado y confesó ser el autor del crimen. Se trataba de un chivo expiatorio que el cártel extorsionó para

echarse la culpa a cambio de no asesinar a su familia. Debido a que tenía antecedentes penales y se sabía que trabajaba como halcón, nadie cuestionó su confesión pese a las evidentes inconsistencias de la misma.

Si se hubieran revisado las cámaras de seguridad del hotel se sabría que Natalia jamás salió de ahí con vida. Además, a la supuesta hora del asesinato, el inculpado estaba desayunando tranquilamente en un puesto de barbacoa. Sin más aristas de donde extraer morbo o tajada política, el caso salió rápidamente de los titulares y el foco público. El nombre de Kevin Carrasco no se mencionó en ningún momento durante del proceso judicial.

Quienes sí recordaron la relación de Natalia y Kevin fueron los seguidores de éste último. Llenaron sus redes sociales de mensajes de pésame y los más ociosos elucubraron complicadas teorías en las cuales el asesinato de su novia era una venganza de un cártel rival y por ello el silencio de Kevin fue tomado como una confirmación. Esto atrajo muchos nuevos seguidores a su Instagram y a su canal de YouTube.

VI

Desde arriba ordenaron silencio de radio por parte de Kevin en lo que el asunto de la muerte de Natalia se calmaba. Esto implicó una prohibición absoluta del uso de las redes sociales. Ante la imposibilidad de aparecer frente a sus seguidores, prácticamente a diario organizaba parrandas en las cuales abundaba alcohol, drogas y prostitutas. Sus amigos y conocidos tomaron aquello como una forma de luto por la muerte de su novia; una evasión autodestructiva para olvidarse del dolor. En realidad, era un adicto con síndrome de abstinencia tomando un paliativo que le permitiera soportar la ausencia de su auténtica droga: Instagram y YouTube. Para desgracia del Cacarizo y el Reno, no pudieron subirse a aquel tren del desenfreno pues tenían estrictas órdenes de vigilar a su patrón para evitar otro incidente. Cumplieron al pie de la letra su cometido más por el pavor que les inspiraba la inexpresiva mirada vigilante de Betty que por el sentido del deber.

Sin nada qué hacer en casa de Kevin, Julio se mantuvo apartado. Volvió a frecuentar a sus viejas amistades a las cuales tenía bastante abandonadas a causa de lo absorbente que resultó su nuevo trabajo. Sin embargo, notó una actitud extraña en ellos. Lo trataban con cierto recelo, diríase que incluso hasta con desconfianza. Había dicho a éstos que trabajaba como *community manager* de la empresa a través de la cual le pagaba Kevin, pero sus amigos debieron intuir que ganaba demasiado bien en ese empleo para ser verdad. Pues a pesar de que su tren de vida era modesto, tenía una estabilidad económica poco habitual en la

gente de su edad. Pagaba renta, servicios básicos y cosas como Internet, Netflix y hasta se daba el lujo de tener un automóvil. ¿Manejar las redes sociales de una simple empresa transportista realmente dejaba para tanto? Sus allegados lo dudaban. Por ello fue un alivio cuando recibió una llamada de Kevin informándole que la veda terminó y debía volver al trabajo.

Todo siguió con normalidad. O al menos con toda la normalidad que se podría tener trabajando para un narco junior como Kevin Carrasco. Una de las preocupaciones de Julio al volver fue Betty. Con todo el *asunto* de Natalia se olvidó de lo sucedido entre ambos, pero durante sus vacaciones forzadas pensó bastante en ello y llegó a la conclusión de que no quería repetir la experiencia. Fue un sexo excesivamente bueno, pero Betty lo asustaba sobremanera y no deseaba estar tan cerca de ella de nueva cuenta. Quizás no fuera el Mal, pero aun así aquello fue una comunión perversa, sacrílega, que de alguna manera lo hizo sentir sucio, contaminado...

Para su gran alivio, al regresar la sicaria lo trató con la indiferencia habitual en ella. Sin duda sólo fue un revolcón de una noche.

Esos pensamientos rondaban su cabeza mientras se terminaba de *renderizar* el último video realizado para el canal de YouTube de Kevin. Como éste tenía mucho mejor equipo que Julio, solía hacer todo el trabajo de edición ahí mismo. Ante la demora, decidió ir por algo de beber. Se dirigió a la cocina y ahí encontró a Kevin, bebiendo una *michelada* para curarse la cruda que le dejó la parranda de la noche anterior.

—¡Quihubo, Julito! —saludó Kevin—. ¿Cómo va el video?

—Ya nomás que termine el *render* y lo subo al canal — dijo Julio tomando una cerveza del refrigerador.

—¿Y tú cuánto crees que tarde en llegar al siguiente millón de seguidores en el canal?

—No, pues sepa —dijo Julio—. Tú sabes que el YouTube es muy variable, de repente ganas muchos seguidores y de repente ni uno. Pero si seguimos subiendo contenido constante te aseguro que tarde o temprano llegaremos a los dos millones.

—Pues tú eres el que sabes, Julito —dijo Kevin sin poder esconder su decepción por aquella respuesta.

—¿Por qué te interesa tanto esto? —dijo Julio—. Para ti es nada más un hobby, no te hace falta dinero.

—No nomás es un hobby —dijo Kevin con cierto enfado—. En mi familia todos son cabrones importantes, que han hecho cosas importantes. Por eso todos piensan que soy un pinche inútil que no sirve para sus negocios. Así que me propuse hacer algo igual de chingón y ser alguien por mí mismo, sin ayuda de ellos.

Pero no habrías logrado nada de lo que tienes sin el dinero de tus parientes, pensó Julio, aunque se cuidó bastante de decirlo en voz alta. Tenía gracia. Los narcos venden esa imagen de hombres hechos a sí mismos, pero Kevin pensaba y se comportaba como el más emprendedor de los *mirreyes* del Tecnológico de Monterrey o La Salle. El absurdo de la situación lo puso de buen humor. Se despidió de Kevin y regresó al cuarto de edición. Un par de horas después terminó su trabajo y se marchó a su casa.

VII

Estacionó su automóvil y cuando se dirigía a la entrada de su apartamento le salieron al paso un par de tipos trajeados. Tenían toda la apariencia de ser policías. Aquello puso sumamente nervioso a Julio, quien tuvo el impulso de salir corriendo, pero rápidamente descartó la idea. No sólo porque eso lo haría ver más culpable, sino porque en cuanto los chotas lo alcanzaran le darían una buena golpiza. Lo supo tan sólo con mirar el gesto de hijos de la chingada que tenían dibujado en el rostro y que pretendía pasar por facciones humanas.

—¿Tú eres Julio Gallardo?

—Sí —respondió el aludido con un hilo de voz.

—Nos vas a tener que acompañar —dijo uno de los trajeados mostrándole una charola de la Policía Ministerial Federal.

Julio iba a preguntarles dónde estaba la orden de aprehensión, pero recordó el país donde vivía y desistió. Como los dedicados servidores públicos que eran, los policías se lo llevarían ya fuera por las buenas, por las malas o por las muy malas. Lo subieron a la parte trasera de un Crown Victoria sin insignias oficiales y se marcharon de ahí con rumbo desconocido. Conforme pasaban los minutos, el nerviosismo de Julio iba en aumento. Sabía que estaba jodido. De nada le sirvió decirse a sí mismo que él no estaba involucrado en nada ilegal, que sólo era el editor de los videos de Kevin y nada más. Estaba convencido que alegara lo que alegara lo acusarían de ser parte del cártel. El mirrey para el cual trabajaba quizá no participara de sus negocios, pero se beneficiaba de ellos.

Al igual que él. Por tal motivo, comenzó a llorar.

—Mira, pareja, el morro ya se puso a chillar —dijo uno de los agentes.

—Uta, ni aguanta nada —se mojó su compañero—. Tranquilo, no estás arrestado. Nomás te vamos a hacer unas preguntas y luego te vas a tu casa.

Pero aquella declaración no tranquilizó a Julio. Menos aún cuando en vez de ir a la subdelegación de la PGR, entraron al estacionamiento de un hotel del centro de la ciudad. Tras apearse del vehículo lo condujeron a una de las habitaciones de la parte alta del edificio. Cuando abrieron la puerta, en el interior los esperaba un tipo alto y delgado que a Julio le recordó fuertemente a Robert De Niro de joven. Si sus captores tenían toda la pinta de policías mexicanos, aquel tipo vestido con un traje de mil dólares gritaba a los cuatro vientos que era un agente federal gringo.

—Es un gusto conocerlo finalmente, señor Gallardo —dijo el estadounidense con tono afable y tendiéndole la mano—. Soy el agente especial Vincent Costello del FBI.

Julio se sintió impresionado por su perfecto español y porque estuviera tan “ansioso” de conocerlo. Supo entonces que la cosa era peor de lo que esperaba. Al igual que los agentes de la PGR, el agente Costello le aclaró que estaba ahí tan sólo para responder unas sencillas preguntas y amablemente le pidió tomar asiento en una butaca dispuesta para la ocasión. Así lo hizo, mientras el policía gringo abría un portafolios y sacaba un expediente con el membrete del Buró Federal de Investigaciones. Pidió a los policías mexicanos que los dejaran solos y después miró fijamente a los ojos a Julio.

—Bien, creo que podemos comenzar, señor Gallardo —dijo Costello—. Según tengo entendido trabaja para Kevin Carrasco, uno de los operadores principales del Cártel de Norte. ¿Es correcto?

Aquella declaración desconcertó a Julio de sobremane-
ra. ¿Desde cuándo el pinche *mirrey* del Kevin era un ‘operador del cártel’?

—Sí trabajo para él —respondió Julio—. Pero Kevin no es operador del cártel, nomás es un pinche junior que le gusta el desmadre y exhibirse en redes sociales.

El policía estadounidense lo miró con impaciencia.

—Como me dijo alguien de este país: *mejor cuéntame una de vaqueros* —dijo Costello con tono seco—. Sé que quieres negar que trabajas con un delincuente para no auto incriminarte. Pero no estamos en la corte de Nueva York. Esta reunión es extraoficial y todo lo que hablemos aquí es *off the record*, ¿comprendes?

Julio no comprendía en absoluto, pero se limitó a asentir. Satisfecho, el agente del FBI continuó.

—No tenemos ningún interés en ti ni en tus actividades criminales con el cártel. Por ello venimos a ofrecerte un trato.

—¿Qué clase de trato? —preguntó Julio asustado e intrigado a partes iguales.

—Que te conviertas en nuestro informante —respondió Costello—. A cambio, solicitaremos a las autoridades mexicanas que no levanten cargos por tu participación en el asesinato de la joven Natalia Miraflores.

Con la sola mención de ese nombre, Julio palideció. El agente Costello sonrió una vez más, complacido por el efecto de sus palabras. Supo que ya tenía al joven en sus manos. Julio, por

su parte, empezó a sudar frío y maldijo la hora en que aceptó trabajar para Kevin Carrasco. Lo más grave del asunto es que él no sabía nada comprometedor del narco-junior, pues fuera del incidente de la muerte de su novia no se había involucrado en ninguna otra cosa ilegal. Tampoco había visto a Kevin hacer nada, más allá de portar armas de uso exclusivo del ejército y meterse un montón de drogas. Por eso había creído en la palabra de Betty cuando aseguró que su jefe no era un narcotraficante. No obstante, le resultó difícil de creer que una agencia tan eficaz como el FBI estuviera equivocada. Quizá la sicaria le mintió para que no siguiera haciendo preguntas.

—¿Y bien, señor Gallardo? —dijo Costello ante el mutismo de Julio.

—¿Qué tengo qué hacer? —respondió finalmente Julio, resignado.

El gringo sonrió. A partir de ahí todo fue sencillo. El Buró sabía que Julio no era más que un don nadie dentro del cártel y que no poseía ningún tipo de información sensible de la organización criminal. Lo que les interesaba era su cercanía con Kevin o, mejor dicho, con sus dispositivos electrónicos. El trabajo que Costello quería encargarle era instalar un *spyware* tanto en la laptop del joven Carrasco como en su teléfono celular.

—*Easy peasy* —dijo Costello.

De esta manera, el FBI podría intervenir todas sus comunicaciones y obtener la información que buscaba. Para ello le entregó a Julio un *pendrive* con el bicho electrónico y un fajo de billetes de cien dólares. Y ante la mirada perpleja de Julio por aquel dinero, agregó:

—Es una compensación por ser nuestro informante —

explicó Costello—. El tío Sam trata bastante bien a la gente que coopera con él.

—¿Y una vez que esté instalado el *spyware* cómo me comunico con usted?

—No será necesario, yo lo sabré y si necesito algo más de ti, seré yo quien que te busque.

A Julio aquello le sonó un poco a amenaza. Pero también marcó el final de la reunión, por lo cual Costello llamó a los federales mexicanos y les pidió que lo regresaran a su casa.

VIII

La misión de intervenir los dispositivos electrónicos de Kevin Carrasco fue sencilla y sin ningún tipo de contratiempo. Tanto el narco-junior como sus guardaespaldas estaban tan acostumbrados a verlo manipular dichos aparatos que no encontraron para nada extraño que Julio les hiciera una “actualización” de software. Esto relajó un poco a Julio, quien desde su encuentro con el agente del FBI había sido presa de un fuerte nerviosismo. Creía que en cuanto lo vieran, tanto el Cacarizo como el Reno sabrían en el acto que los había traicionado y lo llenarían de plomo. Sin embargo, no le prestaron la más mínima atención. Se dio cuenta entonces que tanto Kevin como sus hombres lo consideraban completamente inofensivo. Y era lógico, puesto que como bien había dicho Costello, él era un don nadie que no sabía absolutamente nada, sin mencionar que un completo cobarde, por lo cual no había ningún motivo para preocuparse por él.

De quien de verdad debía cuidarse era de Betty. Su patrón y los otros sicarios la subestimaban, seguramente por ser mujer, pero Julio estaba consciente de que la sicaria tenía una mente aguda como navaja y que notaría su cambio de actitud, por mínimo que fuera. Por tal motivo la había estado evitando. Tenía la esperanza de que Betty asumiera que se debía a la incomodidad que sentía luego de haber tenido sexo con ella. Era su única esperanza de no terminar con un tiro en la nuca.

Afortunadamente los días transcurrieron sin contratiempos, con Betty actuando con total indiferencia hacia su persona.

En consecuencia, Julio poco a poco fue perdiendo el miedo y regresó a su estado de ánimo normal. Sin embargo, una cosa seguía molestándolo. Desde que supo que Kevin sí tomaba parte en los negocios de su familia, se dedicó a observarlo con mayor detenimiento, pero seguía sin percibir otra cosa que a un *mirrey* idiota. Y por primera vez se cuestionó si las agencias policiales gringas eran tan chingonas como en las películas o cometían tantas pendejadas como las mexicanas.

IX

Después de la grabación de su último video, y como era normal, pasó cerca de una semana sin recibir noticias de Kevin hasta que se topó con la noticia en su *Timeline* de Twitter. Había muerto. La noticia incluso llegó a ser *trending topic*. Incrédulo, Julio navegó en el mar de gorjeos digitales en busca de información concreta. Sólo encontró rumores. Se hablaba de que fue ultimado por rivales en una emboscada; otros de un ataque mientras se encontraba en un bar. El único hecho confirmado fue que llegó herido de bala al hospital Christus Murguerza y al poco tiempo murió.

Julio se sintió tentado a comunicarse con Betty, el Cacarizo o el Reno, para saber lo sucedido, pero desistió de dicha idea. Si efectivamente Kevin fue asesinado, sin duda la policía intervendría en el asunto y se percibiría como si él estuviera involucrado en su grupo delictivo. Concluyó que lo mejor era esperar a que se pusieran en contacto con él y seguir los acontecimientos a través de los medios de comunicación como cualquier ciudadano honesto.

No tuvo que esperar mucho tiempo para tener noticias. A los pocos días de la muerte de Kevin, el Cacarizo tocó a su puerta. “Betty quiere hablar contigo”, fue todo lo que le dijo. Su tono frío, tan inusual en él, le puso a Julio los pelos de punta. Algo andaba mal. Se subió con el sicario a la *Escalade* y tomaron rumbo a la casa del narco-youtuber. La actitud indiferente del Cacarizo, quien siempre solía platicar con él con tono ameno sólo consiguió aumentar el sentimiento de alarma de Julio.

—¿Qué le pasó a Kevin? —se atrevió a preguntar.

—Le pusieron un cuatro afuera de la casa de putas a la que le gustaba ir. De no ser por el Reno, ahí habría quedado. El cabrón lo cubrió para que el patrón se pelara al hospital, pero no le sirvió de mucho... —la voz del Cacarizo se quebró, aunque Julio no estuvo seguro si fue por recordar la muerte de Kevin o del Reno, quien no sólo era su amigo sino también su compadre.

—¿Tú y Betty no estaban con él? —preguntó Julio sin poder esconder su sorpresa.

—Andábamos en Juárez —dijo el sicario—. Los meros patrones nos mandaron allá a un encargo muy importante. A mí no me convencía la idea de dejar al patrón nomás con el Reno cuidándolo. Ya ves que es... era bien imprudente, pero la pinche Betty pensó que era su oportunidad de congraciarse con los meros patrones y le valió madres.

—¿Y saben quiénes fueron los que lo mataron?

—Fue gente de Eulalio Manríquez.

La respuesta del sicario dejó perplejo a Julio. ¿Eulalio Manríquez? En el tiempo que llevaba trabajando con Kevin había escuchado un poco de él. Sabía que era el jefe de plaza del Cártel del Norte en Cuauhtémoc y el segundo en importancia de dicha organización criminal. Es decir, un aliado de Víctor Carrasco Mares, tío de Kevin. No tenía sentido. ¿Por qué atacar a un familiar de su líder? ¿Quería tomar el control de la organización? Pero si ese era el caso, ¿no era más práctico y lógico haber asesinado a Víctor en vez de Kevin? Porque hacer algo así ocasionaría una guerra entre facciones que debilitaría a ambos lados y no se necesitaba ser Sun Tzu para saberlo.

En ese momento la camioneta se detuvo y ya no tuvo tiempo de seguir elucubrando al respecto. Ambos se apearon y se dirigieron al interior de la casa de Kevin. En la vivienda se respiraba una atmósfera lóbrega y enrarecida, que puso sumamente inquieto a Julio. Sin embargo, lo que de verdad lo aterró fue la mirada de Betty. Aquellos ojos polares y oscuros le anunciaron su inminente muerte.

—Hola, pinche Judas —dijo la sicaria.

Julio dio media vuelta, tratando de huir de aquel siniestro ser, pero todo lo que alcanzó a ver fue al Cacarizo dándole un culatazo con el mango de su pistola. Después sólo hubo oscuridad.

X

El Cacarizo abofeteó a Julio con tal fuerza que estuvo a punto de derribarlo con todo y la silla a la cual lo había atado. El joven despertó completamente desorientado y en cuanto descubrió que estaba amarrado, supo que no le esperaba otra cosa más que el infierno, para luego morir y bajar a otro infierno un poco más benigno. Lanzó una mirada suplicante tanto al Cacarizo como a Betty, pero la expresión de absoluta frialdad que vio en sus rostros le dejó claro que no habría piedad para él. Comenzó a llorar, producto de la desesperación.

—Todavía no empezamos y ya estás chillando, pinche Judas —se mojó el Cacarizo.

—A ver, morro, si confiesas que fuiste tú el que puso dedo con don Eulalio de que Kevin fue quien mató a su ahijada Natalia, te prometo que la cosa será rápida, un balazo en la frente y tan-tan —ofreció Betty, magnánima—. Si no, acá el Cacarizo se va a poner en plan Jack el destripador.

Julio miró con asombro a la sicaria. De repente todo cobró sentido. A su memoria vino el recuerdo de cuando Kevin le habló de su novia y le contó que era de una familia muy “importante” de Ciudad Cuauhtémoc. Él asumió que hablaba de gente adinerada de aquella región, no de otros miembros del cártel. También comprendió el apremio de Betty en aquel momento por ocultar la participación del *mirrey* en el asesinato de la joven Miraflores. Si salía a la luz sería una sentencia de muerte para su patrón y el inicio de un conflicto interno dentro de la

organización. Porque estaba seguro que Víctor Carrasco Mares no perdonaría la muerte de su sobrino. Pero de nada sirvieron sus precauciones, pues al final la verdad llegó a oídos de Eulalio Manríquez y fue la perdición del narco-youtuber. Ahora la pregunta era: ¿quién fue el que lo delató? Los únicos que lo sabían eran ellos tres y el Reno. No era cierto, había alguien más. Costello, el pinche agente del FBI.

—Fue Costello —murmuró Julio.

—¿Qué dijiste? —preguntó Betty.

—¡Fue el puto gringo ese! —exclamó Julio con desesperación—. Hace varias semanas me agarraron unos güeyes de la PGR y me llevaron con un agente del FBI llamado Vincent Costello. El cabrón me amenazo que si no instalaba un *spyware* a los aparatos electrónicos de Kevin me acusaría de la muerte de Natalia. ¡Él también lo sabía, así que tuvo que ser él quien lo delató!

Sin embargo, cuando se detuvo a pensarlo descubrió que aquello no tenía sentido. ¿Por qué quería provocar una guerra interna en el cártel? Eso sólo provocaría caos y violencia. Y hubiera sido absurdo intervenir las comunicaciones de Kevin para después provocar deliberadamente su muerte, porque perdería una importante fuente de información...

Y entonces Julio lo entendió. Todo fue un engaño. Kevin no era un importante operador del cártel, sino sólo lo que aparentaba: un junior idiota. Toda la pantomima del *spyware* fue para involucrarlo y tener un chivo expiatorio. Desde el principio lo que buscaba el gringo era iniciar aquella guerra. Seguramente buscaba emular la estrategia del agente de la Continental en la novela *Cosecha roja*, en la que el plan del detective creado por Dashiell Hammett era que los delincuentes se mataran entre ellos. Y

Julio serviría para hacer una negación plausible de la responsabilidad del FBI ante el gobierno mexicano.

—¿Estás diciendo que jalas para el FBI? —preguntó Betty incrédula.

—Sí... —confesó Julio, avergonzado.

Betty y el Cacarizo se miraron entre ellos y después se echaron a reír.

—Esa estuvo buena, morro —dijo Betty entre risas—. Para la otra mejor cuéntame una de vaqueros.

Y con la celeridad del rayo desenfundó su pistola nueve milímetros y le sorrajó un disparo a la cara al Cacarizo, quien todavía se carcajaba y no tuvo tiempo de reaccionar. El sicario cayó pesadamente de espaldas como un árbol recién talado. Todo ante la atónita mirada de Julio. Betty no perdió tiempo y lo desató.

—Muévete, morro, necesito que me ayudes —dijo la sicaria sin darle tiempo de preguntar nada.

La siguió hasta la cochera donde abrió la cajuela de un viejo Chevrolet Malibu que Julio no recordaba haber visto antes. Dentro había dos cadáveres, los de un hombre y una mujer jóvenes. Entre los dos llevaron el par de cuerpos a la habitación donde la sicaria había matado al Cacarizo. Después, Betty le ordenó a Julio que fuera al cuarto de la despensa donde encontraría cuatro maletas llenas de dólares y las subiera al Malibu y luego echara a andar el motor. Mientras tanto, ella se dedicó a rociar de gasolina toda la casa. Una vez concluida aquella operación Betty encendió el combustible y corrió hacia el automóvil, para después salir huyendo a toda velocidad mientras todo el sitio era engullido por furiosas lenguas de fuego.

XI

Ambos permanecieron en completo silencio un buen rato mientras el automóvil devoraba kilómetros de asfalto en aquella carretera solitaria. A causa del shock, Julio había actuado mecánicamente hasta ese momento, dejándose guiar por Betty. Pero una vez que la adrenalina dejó de correr por su cuerpo, su cerebro comenzó a funcionar de nuevo.

—Tú también trabajas para Costello, ¿verdad?

La sicaria sonrió divertida.

—Nomás la cara no te ayuda, morro —dijo Betty—. ¿Cómo lo supiste?

—Por esa frase que dijiste, de que *mejor te cuente una de vaqueros* —explicó Julio—. El pinche gringo también me la dijo, supongo que la escuchó de ti.

—Es una frase que el culero de mi jefe siempre le decía a mi jefa cuando la acusaba de ponerle el cuerno y que nomás era pretexto para darle una chinga —dijo Betty—. Al pendejo de Costello le pareció muy divertida y por eso se la aprendió.

—¿Qué tiene el gringo contra ti para obligarte a “cooperar con el tío Sam”?

—La inyección letal.

Y le contó sobre el último *jale* que hizo en Estados Unidos. El cártel la envió a ella y otros diez sicarios a liquidar a un sujeto a Houston. Un socio que se había salido del huacal y había que chingárselo para que sirviera a otros de escarmiento. Pero alguien le dio el pitazo y cuando Betty y resto del comando de pistoleros fueron por él ya los estaban esperando. Todos murieron, menos ella que se salvó de puro milagro. Pidió ayuda al cártel para esca-

par, pero sus patronos se lavaron las manos. Trató de volver a México por sus propios medios y fue ahí cuando la agarró el FBI. Así conoció al agente especial Vincent Costello. El cabrón le informó que podían vincularla con al menos veinte asesinatos en la unión americana y varios más en México. Si no cooperaba con ellos, la mandaría a que le dieran la inyección letal.

—Así que no me quedó de otra que ser su pinche infiltrada. Pero las cosas no salieron como esperaba. Como Betty había sido la única sobreviviente de la masacre, la gente del cártel sospechó que ella había sido quien dio el chivatazo. Y cuando logró regresar sola, se volvió todavía más sospechosa. Como ya no confiaban en ella, pero reconocían su valor como pistolera, la mandaron a un lugar donde podía seguir siendo útil sin poner en riesgo las operaciones de la organización.

—Y así terminé de niñera del pendejo de Kevin.

—Me imagino que a Costello no le hizo ni madre de gracia.

—Tuve que inventarle un cuento de que Kevin era un operador importante de la organización, pero que le gustaba mantener bajo perfil.

—Me sorprende que te lo creyera.

—Dudo que lo hiciera, pero ya había montado la operación y si la quitaba sin obtener nada, sería él quien quedaría mal con sus superiores —explicó la sicaria—. Después podía echarme la culpa del fracaso de la operación y así lavarse las manos.

—Supongo que por eso me extorsionó a mí, para comprobar si le estabas dando atole con el dedo —dijo Julio—. Sólo quiero saber por qué le pusiste dedo a Kevin hasta ahora y no antes. Creo que a estas alturas resulta muy obvio que fuiste tú.

Betty sonrió. Cuando el imbécil de Kevin mató a la ahijada de

Eulalio Manríquez supo que podía sacar provecho de la situación a su tiempo. Por eso no informó a nadie más del cártel la verdad del incidente. Incluso fue ella la que chantajeó al taxista que se echó la culpa. Y el Cacarizo y el Reno le siguieron el juego pensando que lo hacía para proteger a Kevin. Cuando Costello se empezó a impacientarse con ella y la amenazó con terminar en el corredor de la muerte, fue el momento de usar ese as bajo la manga.

—Logré convencer a uno de los patrones que me diera la oportunidad de hacer puntos yendo a Juárez por un cargamento especial: 30 millones de dólares —explicó la sicaria—. Y como el Cacarizo era mi sombra me tuvo que acompañar.

—¿Tu sombra? —dijo Julio, desconcertado.

—Como te dije, los patrones ya no confiaban en mí, así que lo mandaron con Kevin para que me vigilara.

Después todo fue fácil. Mandó un mensaje a Eulalio Manríquez confirmando las sospechas que éste tenía desde hacía tiempo de que Natalia había sido asesinada por Kevin. También le informó de las rutinas del narco-youtuber y simplemente esperó los acontecimientos. Sin embargo, después del asesinato de Kevin, el Cacarizo inmediatamente desconfió de ella. Para acabar con dichas suspicacias, acusó a Julio y ordenó al Cacarizo que lo llevara a la casa de su patrón para sacarle la verdad. A regañadientes aceptó y fue por él.

—Y en cuanto el pendejo se descuidó me lo chingué.

—Y supongo que ahora me llevas a un lugar apartado para liquidarme a mí, tu último cabo suelto —dijo Julio con más cansancio que miedo.

—No seas pendejo —dijo Betty molesta—. ¿Si quisiera matarte para qué hubiera conseguido dos cuerpos que se parecen a nosotros?

—¿Entonces acabamos de fingir nuestra muerte? —dijo Julio, genuinamente sorprendido—. ¿Y crees que el cártel y Costello se la creerán?

—Con el desmadre que se viene, no van a tener tiempo para preocuparse por nosotros.

Julio pensó en ello. No compartía el optimismo de Betty, pues no creía que el FBI y el cártel se tragaran ese truco tan simple, pero se cuidó de decirlo. También se dio cuenta que su vida como la conocía se había acabado. No, en realidad, terminó en el momento que aceptó trabajar para Kevin. Ese día cruzó una línea de la cual no había retorno. Como todos los involucrados en ese mundo, había perdido parte de su humanidad y ya no encajaba entre la gente normal. Al menos no entre la gente normal que conocía. Miró atrás y concluyó que tampoco la echaría de menos.

Sólo restaba una última pregunta.

—¿Por qué me llevas contigo?

—Porque también sé que lo que se siente que tu destino no dependa de ti sino de alguien con más poder que tú. Y se siente de la chingada —explicó Betty—. Además, también porque coges rico.

Y la mujer rio. Fue una risa clara, feliz.

—¿Y a dónde vamos?

—Al hangar de un amigo piloto. Tiene un avión de carga en el que nos puede llevar hasta Costa Rica.

Julio sonrió.

—Claro, ahora recuerdo que siempre has querido vivir en el Caribe.

—Es que en el mar la vida es más sabrosa, Julito, en el mar todo es felicidad.

Índice

Otro día en el paraíso	15
La ciudad del pecado	29
Enemigo público número uno	47
La presa	71
El jardín de las delicias	79
Luna de sangre	89
Mejor cuéntame una de vaqueros	109



www.pech.icm.gob.mx

PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2023

Este volumen está conformado por siete relatos de corte criminal donde se conjugan lo absurdo, lo cruel y hasta lo terrorífico. Un pistolero padece problemas conyugales justo antes de un “trabajo”; el detective Santos Mondragón investiga la desaparición de un estudiante en Ciudad Juárez; un policía sueña con volverse actor de películas de acción; el conductor de una aplicación que secretamente es un depredador sexual y está al acecho de su próxima víctima; un turista gringo cruza al sur de la frontera con el fin de saciar sus oscuros apetitos; una banda de sicarios se topa con un horror surgido de lo más profundo de la sierra chihuahuense y un joven comunicólogo es “contratado” por un narco-junior para que lo ayude a convertirse en estrella de las redes sociales. Todas estas historias son ejemplos arquetípicos de la literatura de género negro, cuyo objetivo es devolvernos la mirada de un abismo plagado de injusticia, violencia descarnada, corrupción institucional y otros males que rondan por las soleadas calles de Chihuahua.



Colección
Con trayecto

www.pech.icm.gob.mx

